

# **HISTORIA JOCOSERIA UNIVERSAL**

## **CASI UN PRÓLOGO**

Este pequeño librito no pretende disgustar a los historiadores sino hacer sonreír a quienes no lo son. Sin embargo, entre bromas y veras (más bromas que veras) se filtran algunas pocas cosillas que merecen una cierta atención. Como no se hace aquí ninguna alusión oculta y de carácter personal que sea motivo de ninguna querrela, y si la hubiere ya habría prescrito largamente, puedo estar con la conciencia muy tranquila y ofrecerte a ti, lector que me lees dudando si seguir o no con la lectura, estas páginas fruto de mi caletre, de mi tiempo y de mi dinero. Tal vez te parezcan superfluos, ridículos o impertinentes muchos de los comentarios aquí vertidos. Tal vez te parezcan quizás un sí es no es abusivos los muchos paréntesis intercalados. No existe ningún problema en ello: cierra el libro y dedícate a otras tareas mucho menos ociosas.



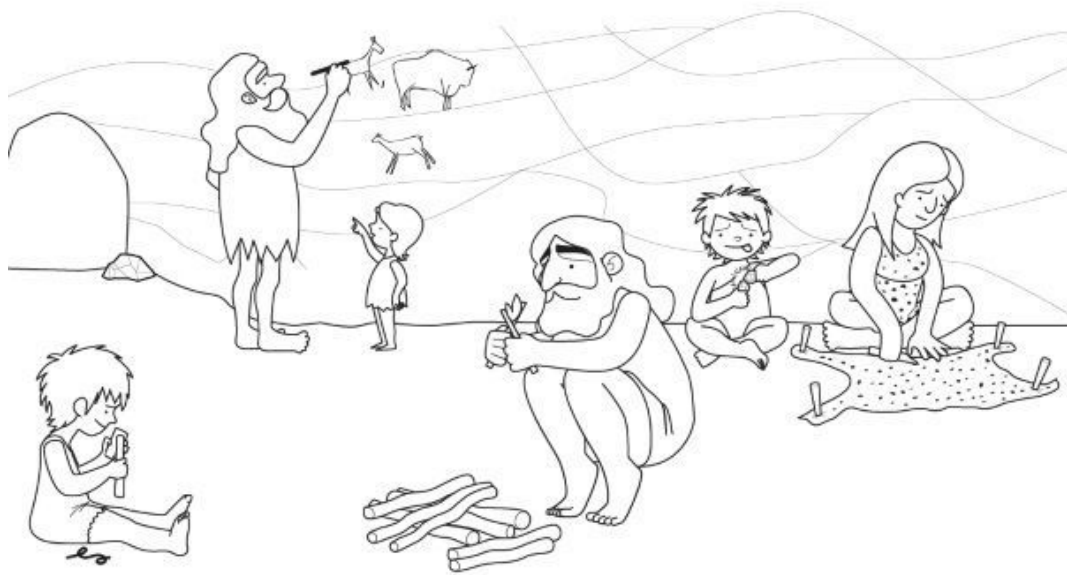
## Capítulo primero

### Los orígenes

Adán en el Paraíso no sabía escribir. Y, como tantas otras mujeres durante siglos, tampoco Eva. El único varón no podía enseñar las letras a la única fémina (aunque “hembra” sea la voz romance que deriva del latín, no deseo que se me “sambenitee” como machista por las feministas del lenguaje). Pero, a decir la verdad y sólo la verdad, tampoco les hacía falta escribirse cartas. Podían verse, y otras cosas, durante todo el día y toda la noche. Sin embargo, fue necesario algún tiempo para poderse hablar. Era preciso poner en marcha todavía el instrumento del lenguaje. Dios le puso delante todas las cosas a Adán para que les diera nombre: Adán, engolando la voz, algo torpemente por ser la primera vez, tomó entonces un pan y dijo: esto se llamará pan”; tomó “vino” y volvió a decir: “a esto se le dirá vino”. Y desde ese instante “al pan, pan y al vino, vino”. Ahora bien, solamente con los sustantivos no se pueden decir cosas como: “Evita, eres la única mujer del mundo que amo, aunque no sé si lo diría también si hubiesen más”. Y así se crearon los artículos, pronombres, adjetivos, y todas las demás piezas imprescindibles para construir todas las oraciones. Debemos reconocer que sin los requiebros amorosos el mero palpar la carne y el simple contacto de la piel no nos aleja mucho de los brutos.

La historia de la manzana, la serpiente tentadora y el enfado mayúsculo de Dios ya la conocemos. No hace falta repetirla. La expulsión del Paraíso – el primer desahucio de la historia humana- hizo posible que nuestros primerísimos padres oyeran el segundo imperativo oral después del “no comáis”. Dios, con una voz potente, exclamó: “Fuera de aquí” (eso de “Hágase” no lo escucharon porque Adán no había sido aún modelado con barro). Traspasada la verja del jardín, los

hombres – hijos de Eva – nacemos, crecemos, nos reproducimos (los que pueden hacerlo) y, acabada la tarea terrenal, criamos malvas y recibimos crisantemos. Y aquí se inicia ya la historia de la humanidad. O casi.



La salida de Adán y Eva del País de Jauja, como es lógico, no les sentó nada bien. Tenían que ganarse la vida (pan solo y más tarde untado en mantequilla) con el sudor de la frente mientras que antes les bastaba con alargar la mano para coger una pera y comer a mesa puesta sobre el césped igual que los pastores en las églogas bucólicas. Y los hijos no tuvieron mejor suerte que los padres. Caín se dedicó a la agricultura y Abel se ocupó de la ganadería. Ambos hermanos tuvieron, además de los habituales celos por ser el preferido, un conflicto económico secular: que si tus ovejas pisan mi sembrado, que sin mi sembrado no podrías pastorear tus ovejas. Las películas americanas del oeste nos han familiarizado con un problema idéntico y, entre nosotros, tenemos el caso de la Mesta. Y así, de disputa en disputa, todos los días, meses y años, pues es de suponer que fuera del Paraíso el cronómetro del tiempo hubiese ya comenzado a funcionar. De aquella gloriosa y bendita edad de oro en la que Adán y Eva se paseaban desnudos sin que les apretase el corsé y las corbatas, el hombre descendió, o más bien cayó, hasta la edad de piedra. Tan fuerte fue su descalabro que perdió el habla. El lenguaje, para decirlo de un modo melodramático, había desaparecido de la faz de la tierra. Vuelta al gu-gú y al ma-má.

Los niños pequeños aprenden pronto a hablar. O, al menos, chapurrean. Basta tener unos dos años para ser capaces de decir: “no me guta, no quero eso”. Algunos lingüistas, bastante ingenuos, piensan que en el lenguaje infantil debe buscarse el origen del hablar. Empero (¡toma ya arcaísmo!), olvidan que los niños no inventan sino que aprenden una lengua que ya está hecha. Los hombres de la edad de piedra no tienen planos para levantar las ideas, por más básicas que sean, ni tampoco conjugaciones para torturarse estudiando en la escuela aquello que se aprende mejor en la casa y sin ningún esfuerzo. En suma, pasaron siglos y más siglos para recobrar el lenguaje (hagamos poco

la australopiteca Lucy, enana y peluda caso de las lejanísimas fechas dadas por los prehistoriadores, pues éstos siempre las hacen retroceder aún más como si éstas fuesen cangrejos del tiempo). Desde la australopiteca Lucy, enana y peluda, hasta una nueva Evita, bella y descamisada, tal vez, quizás, quién sabe, el hombre no fue capaz de soltar otra palabra que un mero gruñido animal con un sentido bastante claro: “no toques a mi mujer ni a mi trozo de carne o te doy un mordisco”.

Los historiadores, para quitarse faena, o bien para repartirse los departamentos en las facultades, colocan el prefijo “pre” en la historia y allá se las apañen los que no cuentan con documentos escritos para narrar los hechos. Sin escritura, no hay historia. Y dicen esto como si un notario dijese que sin las escrituras de la casa tampoco hay posesión de ella. Veamos, queridos compañeros en las maltratadas humanidades. Un lingüista sabe que el signo es la unión de un significante con un significado. Y, aceptado esto, tan historia es la palabra como una cerámica muda y adornada. Cuando unas rocas se desprenden de un monte, caen de una forma aleatoria. Esto es naturaleza. Pero, si tres piedras se colocan alineadas, esto es civilización, y toda civilización, incluso analfabeta, posee siempre un devenir histórico.

## Capítulo segundo

### La época de los trogloditas

Como el hombre lleva en la tierra desde los tiempos de María Castaña, cuando hablaban las calabazas, los profesionales en la materia se han distribuido la tarea para estudiarla con mayor calma y detenimiento. Los peores parados han sido sin duda aquellos a quienes les ha tocado en suerte más años. Un historiador contemporáneo se limita a poco más de dos siglos mientras que los investigadores de cromañones y allegados tienen por delante, o por atrás, muchos miles de siglos para dar cuenta. Claro está, y no les falta razón, que unos pueden alegar aquello de la aceleración de la historia y que parece mejor hacer un pequeño viajecito pagado para excavar unos cuantos metros la tierra en un país exótico que desempolvar legajos roídos por los ratones. En cualquier caso, la longaniza de la historia es tan larga que debe trocearse en varias partes aunque éstas no sean del mismo tamaño.

El primer corte grande es la división entre paleolítico y neolítico. Conviene saber un poco de griego ( si queremos presumir) para entender que “paleo” es “viejo”, “litos” es piedra y “neo” es nuevo. Basta con estas pequeñas indicaciones para averiguar cuál de estas dos etapas es la primera y, teniendo en cuenta que el hombre progresa en sus conocimientos, advertir que las piedras del neolítico vienen a ser a la geología paleolítica como las gemas a la bisutería.

Estos hombres primitivos tuvieron que sentir pavor ante la llegada de la noche. ¿Volverá otra vez la gran bola de fuego en el cielo? Como siempre sucedía sin faltar nunca a la cita, perdieron todo cuidado. Éste fue el primer atisbo del método inductivo. De todas maneras era mejor quedarse quietos sin moverse, incluso en las fases lunares, pues en la

oscuridad cualquier tropezón fatal podía matarlos o, por lo menos, abrirles la sesera. Pero tanto como la desaparición del sol detrás del monte, les llenaba de terror y hondo pánico la aparición de los rayos y relámpagos acompañados de unos furiosos vozarrones – como un dios gritando- que son los truenos. Y para escapar de ellos se escondían como comadreja en cuevas, esos negros agujeros de la tierra que parecen hechos expresamente para guarecerse de las lluvias. Tenían frío, sí, pero mejor eso que calarse hasta los huesos a la intemperie con las lluvias. Un día, el más listo de la tribu – versión histórica del mítico Prometeo – descubre que el fuego se puede controlar. Un rayo cae, derriba un árbol convertido en llamas, pero si se acerca una ramita seca, ésta prende y podemos llevarla a casa con la misma satisfacción de quien sopla una tarta de cumpleaños o ha inventado la bombilla eléctrica y el alumbrado público. Ahora bien, las ascuas del fuego se consumen, aunque bufando “fuuuu” “fufuuu” el fuego se aviva, las brasas reviven cual ave Fénix. Probablemente este renacimiento causaría un asombro similar al producido cuando vemos salir una llamarada de la boca del faquir.

Una vez domesticado el fuego, el hombre asciende el primer peldaño del progreso: ahuyenta a las fieras salvajes, hace cocer los alimentos que siendo más blandos resultan más comestibles (este ablandamiento debilita los dientes para gran gozo de los futuros odontólogos, pues nunca se ha visto un burro que tenga problemas de dentadura). Pero la aportación mayor del fuego es la luz y el calor que proporciona (no hace falta saber mucha economía para conocer que ambas facturas – luz y calefacción- están estrechamente relacionadas). Las fogatas requieren leña para arder, pero como en aquellos tiempos los hombres eran unos raros bípedos implumes y los bosques estaban más poblados que las cejas espesas, nadie protestaba contra la deforestación del planeta. En la cueva oscura, a la luz de la hoguera, se formaba una nube espesa de humo que nos



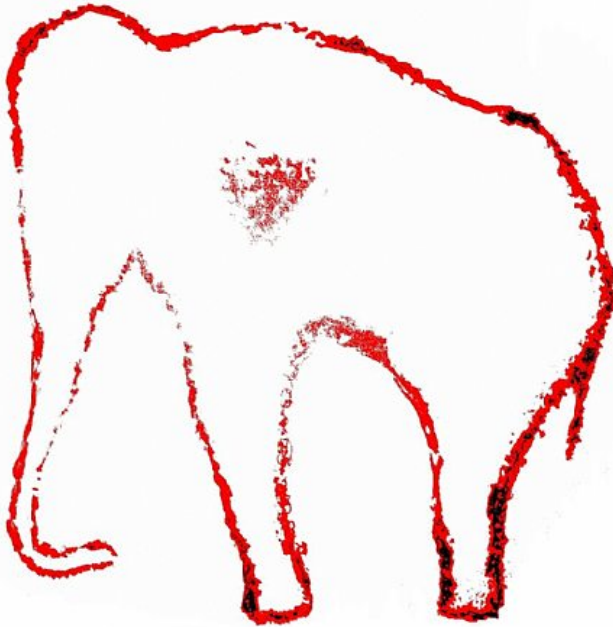
recuerda mucho aquellos cafés parisinos donde unos intelectuales progres discutían acerca del ser y la nada. No es extraño que algunos hombres con dotes artísticas, casi en trance por la humareda del ambiente – tan poco sana como el cannabis – sintieran la necesidad de pintarralear las paredes, cosa que, por otro lado, se les ocurre siempre a los niños sin darle demasiada importancia ni que ello entre en los manuales de historia del arte.

En aquel tiempo existían dos escuelas: una clásica, realista; otra moderna, figurativa sin llegar a ser abstracta. La primera representaba, entre otras cosas, bisontes, animal que luego se incluirá en las cajetillas de cierto tabaco pues por el humo se sabe dónde está el fuego. La segunda tendencia nos parece representar dibujos infantiles salidos de una guardería. Pero no, ¡qué va! Cualquier retrógrado vanguardista de medio pelo no tiene ni la mitad de gracia y talento que muchos de aquellos pintores anónimos. Miremos. Ni Miró.



Los prehistoriadores no creen que el hombre primitivo sea capaz del “arte por el arte”. Como si fuesen psiquiatras de una era desconocida sientan en el diván a un imaginario

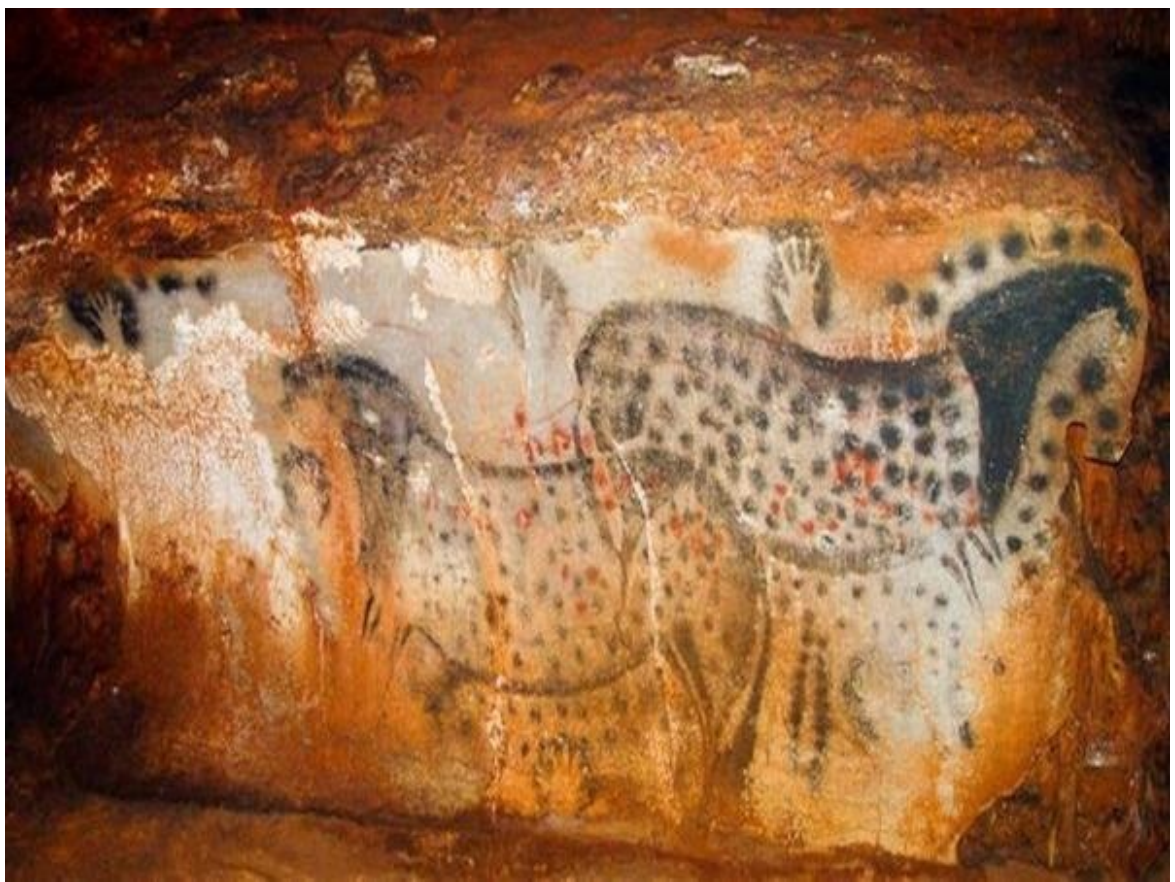
neandertal y escriben su diagnostico: “pensamiento mágico”. Los dibujos -dicen- son talismanes que sirven para atraer la caza. Pura superstición, vamos. Pero quizás los hombres primitivos no eran tan tontos. Veamos esta pintura:



¿Qué vemos en la imagen? La silueta de un mamut en la cual está localizada la posición exacta del corazón. ¿Es esto una llamada para que los elefantes acudan como los pájaros al echarles migas?

Un cierto teólogo medieval dice, más o menos, que entre dos explicaciones, ambas plausibles, debe

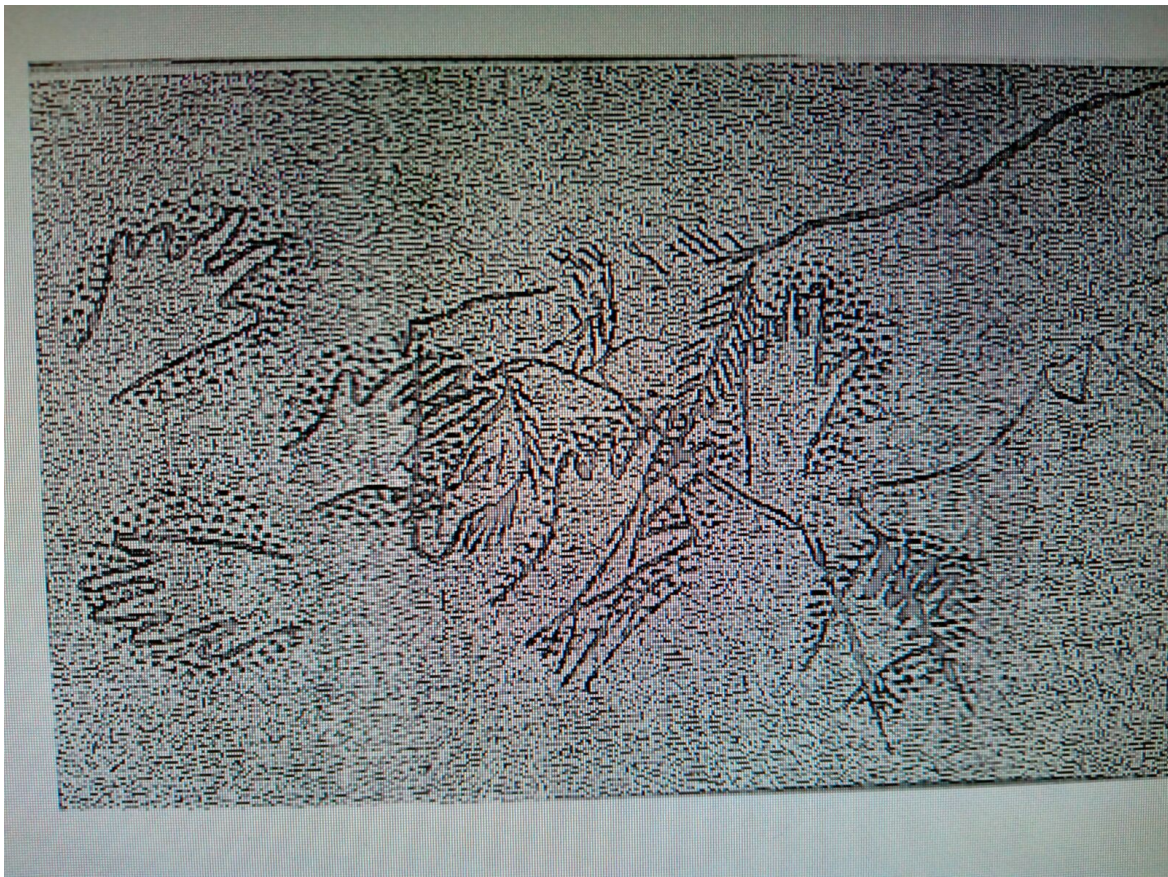
elegirse siempre la más sencilla de ellas. Seamos lógicos: primer paso: si saben la situación exacta del corazón ¿no es porque primero lo han descuartizado?; segundo paso: si lo han descuartizado ¿no es porque antes lo han cazado?; tercer paso: si éste es reconocido como un órgano vital ¿no deben



“enseñar” los mayores a los jóvenes cazadores hacia dónde apuntar la flechas y arrojar las lanzas sin desperdiciar sus armas? El veterano es el que más sabe de veterinaria. Esta hipótesis “aventurada” considera que las paredes de las cuevas pueden servir algunas veces también como pizarras de una escuela troglodítica. Por supuesto, esta posibilidad sólo se refuerza si se hallan otros ejemplos semejantes. Dos puntos valen para trazar una raya. Comprobemos esta teoría, y no se arrugue la cara por adelantado con el argumento del ¡ca! volteando la cabeza.

En el sur de Francia existen dos cuevas separadas por una corta distancia que puede recorrerse en tan sólo algunas cuantas jornadas de camino. Pero aquí lo más importante es que en ellas están representadas dos pinturas que parecen estar relacionadas formando una secuencia temporal. Ésta es la primera:

En la pintura vemos dos caballos que huyen en dirección contraria (las grupas están sobrepuestas). Y rodeando los caballos hay dibujadas seis manos: arriba, abajo, izquierda, derecha. En la otra cueva – insisto – no excesivamente alejada de la primera, hay una pintura de un caballo con la cabeza baja y seis manos acariciando el cuello del animal.



¿Cómo interpretar estas dos pinturas? La primera nos parece indicar que ante una estampida es preciso rodear los caballos, encerrarlos en un cerco. Esto significan las seis manos que envuelven a los dos caballos en fuga. Ahora bien, los caballos agitados – tal vez por el ruido de un trueno- deben ser calmados, hacerlos tranquilizar. Éste es el sentido de las seis manos acariciando el cuello (no hay manos sobre ninguna otra parte). El hecho de que el gran Alejandro sometiera al indómito Bucéfalo pasando la mano sobre el cuello – cosa que saben todos los jinetes- es un paralelismo evidente. En suma, hablando en lenguaje moderno, estaríamos ante un protocolo de actuación en un caso de emergencia para evitar una fuga. No es cosa de que los caballos se echen al monte volviéndose cimarrones. Si el caso

del mamut es discutible, el caso de los equinos es innegable.

Como hemos visto, el arte sirve de complemento a la técnica y la técnica se vale del arte para transmitir sus enseñanzas. El hombre necesita siempre juntar la utilidad y la estética. O dicho de otro modo, la función con la belleza. Y los primitivos también sintieron este anhelo constante en la historia. ¿Hay algo más ingenioso que un propulsor? Éste era un palo corto con un agujero en uno de sus extremos y en donde se colocaba la lanza. Cuando se arrojaba ésta alcanzaba una mayor distancia.



Miremos la imagen de este propulsor. ¿De veras hacía falta representar el caballo? ¿Añade algo la talla artística a la balística del proyectil? Podríamos hablar de un “diseño funcional” o, mejor todavía, decir que dicha arma está “tuneada”. No, no son tan tontos los hombres de la prehistoria. Sobre todo si pensamos que bajo ese nombre genérico se engloba miles de años, miles de generaciones, en que los hombres ( eh, y las mujeres también) no han dejado de avanzar en sus conocimientos.

Además del fuego ya mencionado otro invento excepcional es la rueda. Como siempre el punto de partida

debe buscarse en la naturaleza misma. Pongamos que una roca se desprende de una colina o, mejor aún, fuertes ráfagas de viento derriban un árbol arrancando sus raíces. Hace falta leña para mantener el fuego, pero ¿cómo trasladar el tronco truncado? El menor problema es podar las ramas en el mismo sitio dejando aquél árbol desnudo y mondo lirondo. Podría cargarse entre varios hombres como se lleva un féretro. Es posible. Sin embargo, también existe la posibilidad de dejarlo caer por un terraplén o bien hacerlo rodar, tal vez con la ayuda de una palanca. Esto hace nacer en la mente la idea de la rotación. El hombre piensa con la cabeza para ahorrarse trabajo con las manos. Una vez troceado el tronco como unas rodajas de chorizo (con perdón) sólo falta abrir un agujero en el centro y meter luego un eje. Y si ese tronco se echa al río – como un cocodrilo de madera – el árbol se trasporta fácilmente hasta un embarcadero.

Pueden juntarse asimismo varios troncos con cuerdas - ¿no recordamos las lianas del Tarzán de nuestra niñez- para construir una almadraba: primer barquito de la navegación fluvial. Pero todas estos avances técnicos valen un adarme (comino, ochavo, perragorda, etc.) si no se llena la panza. Como, luego existo. En un principio bastaba con recoger las frutas de los árboles y cazar los conejos y otras especies que salieran del sombrero entre los matorrales. Pero las frutas se agotan y es preciso ir detrás de los animales dejando las cuevas donde tan calentitos estaban. Era imprescindible cambiar de vida. Si nosotros no vamos a la comida, la comida debe venir a nosotros. Un día observaron que les faltaba de qué comer. Escondidos en la maleza observaron que algunos animales se acercaban a coger las sobras. Pensaron: vamos a ponerles cada día una ración de comida y acudirán hasta que les echemos el lazo. Sin tener que buscar su alimento, bien cebados, se volvieron un poco tontos, menos salvajes. Dame pan y llámame domesticado (paréntesis inútil y filológico: *domesticar* tiene la misma raíz que *dominar* y de “*domus*” o casa, de donde viene “*dueño*”). El puerco perdió sus colmillos

- ¿para qué le servían? - y se transformó en un vulgar cerdo, cochino o marrano. Claro está que el hombre nunca perdió el gusto por el arte cinegética. Todo lo que corre y vuela, a la cazuela. De hecho algunos animales prefirieron, como el lobo solitario, llevar su anterior vida salvaje, cosa que no hizo el perro del pastor, guardián de las ovejas y protector de éstas frente a su malvado primo hermano. Si alguien te ha de joder...

Pero alimentarse solamente mediante carne, por más sabroso que esté el churrasco, no es siempre bueno, pues tal vez puede ser eso la gota desbordada que provoque la gota. Se requiere una alimentación sana y equilibrada. El espíritu de observación de algunos hombres advirtió que unas pequeñas pepitas, caídas en la tierra, daban al cabo del tiempo una planta. Y, como no eran tontos, plagiaron a la naturaleza que siempre está dispuesta a compartir generosamente todos sus secretos. Se había inventado la agricultura, una cultura del *agro* que tiende a desaparecer entre hombres que se las dan de cultos. Hoy ya nadie distingue un nogal de un avellano y muchos niños creen que el queso nace en Suiza dentro de un envoltorio como antes se pensaba que los niños venían de París. Cierta día, el poeta Villaespesa, paseando por el campo con Unamuno, vio una flor en un estanque y le preguntó al escritor vasco si sabía su nombre. “Esa flor- dijo Unamuno- es el nenúfar del que habla usted tanto en sus poemas”. El poeta modernista había tomado el nombre sólo por su eufonía sin conocer la cosa designada. En suma, la ciudad de asfalto bajo la cual ignoramos que existe la tierra.

¿Y el pescado? -dirán los amantes de la merluza, las cocochas y el bacalao a la vizcaína. En primer lugar, los peces solamente viven en los ríos y en los mares, y no todos los pueblos viven en los ríos o bien a orillas de la mar. Como es lógico, los restos de pescado deben encontrarse como residuos allí mismo en donde se comían. A los niños les gusta coger caracolas y escuchar el sonido del mar poniendo el oído

como si fuera o fuese un teléfono. En latín “coclea” significa “caracola” y es una palabra claramente onomatopéyica que sugiere el cascar las cáscaras de los moluscos (lo mismo pasa con el inglés “o’clock” para decir hora y reloj, evocación del sonido de la campana). Pero si “coclea” en latín tiene el sentido de “caracola”, su evolución al romance adquiere la nueva significación de “cuchara”. Evidentemente siendo cóncava permite tomar líquidos. Consecuencia gastronómica: la sopa, especialmente la “vuyabesa” (sic), es un plato de marineros. Ahora bien, la sopa, ya sea aguada, requiere tener un recipiente como otros alimentos en conserva. Dios había hecho al hombre del barro y el hombre, hecho a imagen de Dios, un dios menor, crea con arcilla la quebradiza cerámica. El barro del barranco es algo más que una actividad lúdica empleando el lodo. Desde entonces el agua corriente puede envasarse para un consumo posterior. Una vez modeladas las vasijas precisan secarse al sol. Sin embargo, el fuego añade horas de luz al día y proporciona un calor suplementario. El horno pequeño – luego vendrán los altos - inicia la producción en masa.

Demos ahora una cucharada a la sopa de pescado. La voz “coclea -dijimos- imita el sonido del cascar las conchas. Y aquí hemos llegado a la madre del cordero: el origen del lenguaje. Según algunos, las primeras palabras serían voces imitando los sonidos de la naturaleza. Una cosa es clara: con media docena de gritos acompañados de otros tantos gestos no se puede escribir la *Odisea* ni la *Crítica de la razón pura*. La pobreza del lenguaje - ¿no sucede hoy algo similar? - conduce a la anemia de las ideas. En suma, los primeros vagidos del lenguaje – de todas las lenguas – no pueden tener unos cimientos racionales. Y si esto es así, como lo es de veras, solamente nos queda afirmar que el lenguaje surge como expresión de las emociones del espíritu. Pero esto no es suficiente todavía. Un hombre que llora de tristeza no realiza un acto lingüístico. Sin embargo, si quiere transmitir ese estado de tristeza o reproducir fingidamente el llanto una



vez pasado dicho sentimiento, entonces sí ejecuta un acto lingüístico. No podría haber lenguaje si para referirnos a las cosas éstas tuvieran que estar siempre presentes. El signo nos permite transportarlas en “ausencia”. Esto no lo puede hacer ningún animal. Un ave no emitiría un sonido para referirse a un peligro pasado o avisar a sus congéneres de una amenaza que no sea ya presente.

Esta teoría sobre el origen del lenguaje podríamos llamarla “naturalista”. Los teólogos, arrimando el ascua a su sardina como no podía ser de otro modo, sostienen que el habla es un don divino. “En el principio fue el Verbo” (un *logos* todavía sin tiempos verbales ni conjugación). El “homo faber” fabrica cosas y entre esas cosas que fabrica el “homo faber” están las fábulas, el habla. ¿No es fabulosa esta capacidad de fabulación? Sea lo que fuere del origen divino del lenguaje, una cosa es cierta: el hombre atribuye un poder misterioso a las palabras. Este poder está en la base de los conjuros, maldiciones, fórmulas rituales, etc. En el antiguo sánscrito bastaba un leve error en la pronunciación de la liturgia sagrada para que ésta perdiese toda su validez. Por ello los gramáticos hindúes llevaron a cabo un detenido análisis fonológico y exhaustivo que los europeos solamente hemos alcanzado en el siglo XIX.

Ciertamente los cavernícolas tenían una concepción animista de la naturaleza. El mundo está poblado de dioses. Sin embargo, tampoco debemos pasarnos de sal en la ensalada. Los médicos, cuando no conocen la causa de un mal, acuden a la etiqueta “disfuncional”. Este vocablo encubre la ignorancia sobre un órgano que no funciona bien sin un aparente motivo. También ciertos prehistoriadores acuden a especulaciones imposibles de comprobar. Así, las célebres estatuillas conocidas como Venus, con su pechos nutricios y sus caderas imponentes, serían símbolos de la fertilidad. Dado su pequeño tamaño lo mismo sería decir que fueran muñequitas para jugar las niñas del paleolítico. ¿Quién puede afirmar o negar una u otra cosa? Y en cuanto a

llamarlas Venus parece una ofensa a la Venus de Milo. El arte de aquellos trogloditas, por más que hiciesen hachas de sílex, no daba para mucho más. ¿Quién no se caería de espaldas si, en vez de unos cuantos golpes dados toscamente a una piedra, nos encontrásemos en el Paleolítico con la *Victoria de Samotracia*? Veamos esta señora rolliza, digna de un cuadro de Rubens y que, sin querer ofender a ninguna



mujer de nuestros días, no debía estar demasiado lejos de las féminas de aquellos tiempos.

Por supuesto, los hombres no podían tampoco presumir mucho de ser unos galanes de cine (al menos conforme a nuestros cánones actuales de belleza). Barbas largas, pelo en pecho, brazos y

piernas, olor a tigre. Y entonces ni aquellos que tenían dos cavernas podían ofrecer atractivos como joyas, perfumes, bolsos, tarjetas de crédito, etc. Sin embargo, la sexualidad en aquella época lejana tenía una ventaja para los varones enclenques, feúchos y barbilampiños: bastaba con tomar una tranca fuerte y atizarle en la testa un golpe a la elegida arrastrándola después de la coleta hasta el hogar, dulce hogar (una reminiscencia suave de esta brutalidad es el hecho de cargar en brazos a la novia, pues aquello del rapto de las sabinas es un cuento romano). Como no existía el sexto mandamiento, el fuego y la paja ardían juntos de un modo pecaminoso. En un principio no se relacionó un hecho que dura un minuto – a veces más- con otro que dura nueve meses acabando en la salida de un niño desnudito y llorón.

Puédese (forma clásica) entender que tal o cual alimento provoque un vómito instantáneo. Aquí el efecto viene pegado a su causa como el perro faldero a su dueño. Pero eso.... ¡doscientos setenta días más tarde! Paulatinamente se dieron cuenta, gracias a las solteronas, de que una cosa no podía venir sin la otra y, los más rijosos, se resignaron a aceptar una cosa si querían la otra. Y entonces el hombre se multiplicó hacinándose en trocitos o trozazos de tierra bajo un trapo de tela que les hacía sentir muy orgullosos de estar precisamente bajo ese trapo de tela y no cualquier otro. Tal fue la alegría de los cavernícolas que de norte a sur, de este a oeste, resonó en todas las gargantas la misma canción: “Mi cueeva, patria queridaa...”.



## Capítulo tercero

### MESOPOTAMIA

Mesopotamia -como bien sabe cualquiera que haya estudiado el bachillerato- quiere decir “en medio de los ríos”. Éstos son el Éufrates y el Tigris (o a la inversa, para que no haya celos). Ya la terca obstinación para desembocar casi en un mismo lugar demuestra que esta media luna es fértil en romperse la crisma, abollarse los escudos y cortarse las cabezas. Varios son los pueblos que se han estrechado entre esas cuerdas de boxeo para zurrarse la badana. Una vez cierto faraón hizo una excursión militar por aquellas tierras y, como por muy faraón que fuese era un paleta que nunca había salido de su pueblo, cuando contempló aquellos dos ríos litigantes exclamó: “Dos ríos que caminan del revés”. Y es que el Nilo representaba la ortodoxia geográfica igual que si a nuestro mapamundi se le diese la vuelta. Todo es relativo (alguna niña tiene el mismo sentimiento viendo orinar a los niños). “¿Qué es la verdad?”, dijo Pilatos. “¿Cuál es la buena dirección?”, decimos nosotros.

La historia de Mesopotamia es tan enrevesada como la serie televisiva *Juego de Tronos*. Si se viese en la caja semitonta (o semi-lista) muy probablemente tendría una mayor audiencia que estudiándose en los aburridos pupitres de las aulas. Allí tenemos varios reinos luchando entre sí, dinastías enfrentadas, un sinfín de personajes con nombres raros y cuya abundancia hace preciso que se lleve la cuenta en un cuaderno aparte. A eso añádase dioses de toda laya, personajes legendarios como Gilgamesh, y ya tenemos la fórmula para el éxito de una novela histórica. ¡Ah, pero no es actual ni tampoco estadounidense!

Dejando aparte las hordas analfabetas del neolítico, los

primeros pobladores de estas tierras siempre conflictivas fueron los sumerios. Tal vez fueron uno de los primeros pueblos que usó la escritura, que se llamó “cuneiforme” porque empleaban un palito acabado en cuña como las plumas estilográficas. En principio este tipo de escritura se utilizó para llevar las cuentas de palacio, pues no conviene nunca desconocer dónde están los agujeros y en qué se gastan las cosas. Más tarde se encuentran letras en monumentos dedicados, algo que todavía le gusta mucho a nuestros políticos cuando inauguran cualquier edificio público. Por lo demás, no se sabe mucho de ellos, es un decir, pero sabemos que sus reyes eran un poco mentirosos. Estos monarcas tenían una lista de la realeza que, de creerlos, contaba entre sus antepasados casi casi al mismo Adán. Las cuentas no cuadran. ¿Un ejemplo? Se dice que algunos reyes sumerios gobernaron durante treinta mil años. Estas cantidades dejan chiquitas a la vida del longevo Matusalén y, como encontramos edades iguales en la Biblia, debemos suponer que en aquel tiempo estaba de moda ponerse unos cuantos años de más. O, al menos, los historiadores no han sabido dar razón de tal elasticidad de la vida humana. Tal vez la causa de ello sea que algunos reyes mitológicos son anteriores al Diluvio, y éste borró todas las fechas del calendario. Muchos ancianos quieren ser el más viejo del mundo sencillamente porque no hay partida de nacimiento. Los hebreos en el *Génesis* copian la narración de esta catástrofe natural en la cual murieron todos los animales que estaban fuera del Arca salvo los peces que estaban felices en su elemento. Algunos pueden decir que el Antiguo Testamento realiza un plagio, pero mejor sería llamarlo una adaptación. Sin duda la versión sumeria del Diluvio, ya fuese éste local o bien universal, es más fantástica y menos afortunada. También podemos decir que el mito de la Creación de los sumerios es mucho más flojo, o menos favorable para nosotros, que el relato bíblico. Según este mito los hombres han sido creados para ser sirvientes de los

dioses, y como los reyes son vicarios suyos, pues dos más dos cuatro. ¡Cuán mejor es ser hechos a imagen y semejanza divina y estar creados para dominar la naturaleza. Y eso sin mencionar que el dios supremo, Enlil, fuera echado a patadas del hogar de los dioses por violar a la diosa del aire Ninlil.

Como toda religión necesita un templo, también los sumerios construyeron una morada para los dioses. Solamente entraban los sacerdotes, aunque no se sabe muy bien las conversaciones y las negociaciones secretas que mantenían en dicho recinto sagrado con los máximos jerarcas del cielo y de la tierra. Estos templos se llamaban *zigurats* y tenían la forma de una pirámide escalonada, construcción que demuestra sus buenos conocimientos en geometría. Se ha dicho que los *zigurats* eran construcciones enormes destinadas a poner en contacto el cielo y la tierra, Vamos, rascar el cielo y tocarle las narices a los dioses henchidos de soberbia humana. El castigo fue que una de esas torres, que no tenía gemela, quedó sin acabar porque de una misma lengua surgieron diez mil y ya nadie se entendía con nadie. Uno decía: “pásame ese ladrillo”, y el otro llevaba un cubo de agua; “dame la pala”, decía otro; y éste le traía los ladrillos. Babel, que éste era el nombre de la torre, era un verdadero caos. Algo así como la construcción del canal de Panamá con obreros chinos, alemanes, españoles, irlandeses, peruanos y canadienses hablando cada cual en su idioma. Desde entonces, para no pagar sueldo a traductores, se sintió la necesidad de tener una sola lengua universal, sin discriminar a otras, y quienes inventaron el esperanto para contentar a todos siguen aún esperando la llegada de esta lengua ecuménica como llamas de fuego en pentecostés.

Un personaje legendario en la literatura sumeria es Gilgamesh, una suma de Sansón, David y un poco de Hércules. Fuerza pura. De esta coctelera nace el famoso héroe capaz de coger entre sus brazos a todo un león como si fuera un pequeño cachorrillo. Gilgamesh, junto a su amigo

Enkidu (con el que antes era enemigo) sale de su país en busca de la inmortalidad. En este viaje, tras muchas aventuras, encuentra a un hombre que es el Noé de los hebreos, el único superviviente de esa hiperbólica gota fría que fue el Diluvio. Este primer Noé le entrega una planta mágica que da la eterna juventud (sin potingues ni operaciones estéticas). Por desgracia, esta planta cae en el agua y una serpiente se la come y ésta es la razón por la cual ya no debemos soñar con ser inmortales, aunque seamos miembros de la Academia Francesa formando parte de los cuarenta principales. En esta epopeya antigua su amigo Enkidu muere y Gilgamesh, no teniendo el don de resucitar a los muertos, llora tan amargamente como Miguel Hernández en su elegía a Ramón Sijé. Un bello canto a la amistad y a la búsqueda de la inmortalidad humana temerosa de la muerte definitiva.

Otra cosa digna de figurar en *Los Anales de la Historia* (esta frase pomposa la he tomado prestada) es el uso del sistema sexagesimal en la numeración. Desde ellos un minuto tiene segunda segundos y sesenta minutos son una hora. Claro es que de seguir así las horas no caben en la esfera del reloj y fue preciso que los astrónomos las limitasen a doce, como las uvas que se toman en nochevieja para celebrar la venida de los doce meses siguientes (bueno, en realidad el día tiene veinticuatro horas, pero como existe el día y la noche, aquí prevaleció el espíritu de ahorro).

Una vez establecidos en Mesopotamia los sumerios, asoman por aquellas tierras fértiles los acadios y de ambos sumandos surge un imperio poderoso. La prosperidad de unos siempre atrae a otros como la miel a las abejas. Los acadios eran un pueblo semita como los árabes (sí, la lengua arábica pertenece también a la familia semítica). El creador del imperio fue Sargon I, un numeral que siempre presagia la continuación de un Sargon II. Los imperios solamente se hunden cuando alguien más pesado se sienta sobre ellos hasta romper el trono. Aunque más fuertes en las armas que



los sumerios, los sumerios eran un poco más cultos que los acadios. O, al menos, éstos se ven obligados a tomar la escritura cuneiforme de aquellos (como los ingleses adoptan el abecedario latino para tortura de los escolares). Pero había un problema: siendo dos idiomas muy distintos – uno de la familia semítica y otro de vaya usted a saber- los sonidos debían entrar con calzador en las letras. Sin duda había traductores, como no faltan en ninguna parte, y también diccionarios elementales para uso de comerciantes. Sin embargo, y a pesar de todo, se debía producir también algunos malentendidos causados por una mala traducción. En alguna parte está escrito, de cuya cita no puedo acordarme (¡Ah, sí, Unamuno!), que el nombre de la constelación de las dos “osas” es una mala interpretación de la palabra “carro” siendo ambas voces homónimas. En cualquier caso, doctores tiene la Iglesia y especialistas en lenguas cadavéricas las universidades. Yo ni quito ni pongo. Ahora bien, si contemplamos el cielo de noche la constelación nos recuerda más a un “carro” que a una “osa” (los romanos llamaban al norte “septentrional” porque imaginaban en su trazado “siete (sept-) bueyes (trion), aunque la etimología correcta es “siete estrellas.-”).

La vida de Sargón I, sobrenombre que quiere decir “Rey verdadero” (de dónde se deduce que es un rey falso y que obtiene el poder mediante una sublevación, como tantas veces ocurre en la historia) tiene algunos curiosos paralelismos con otras biografías que conocemos bien: “a mi padre no lo conocí”, “mi madre me concibió en secreto”, “ella me dejó en una cesta de junco”, “el río me llevaba, y me llevó a Akki, el cajón de agua”, “Akki me tomó como su hijo”, “me designo como su jardinero”, “para cuatro años he ejercido la monarquía”, etc. ¿Les recuerda algo esto? Sargón era un semita entre acadios igual que Moisés fue un hebreo entre egipcios. Ambos fueron abandonados en un cesto que los llevó hasta una princesa extranjera que los crió como un hijo. Tanto Moisés como Sargón estuvieron en el poder,

aunque el hebreo solamente como hermano menor del faraón y el segundo como un alto funcionario que da “un golpe de Estado”. Sobre un fondo mesopotámico, Moisés (et al.) entreteje ese mosaico variado de relatos bíblicos que es el Pentateuco, la Torá para los judíos.

Y como no hay dos sin tres, a los sumerios y a los acadios les sucedieron los babilonios. Este pueblo, célebre mucho más por el nombre de la torre de Babel – la puerta del cielo - que por los “minibabilen” y las canciones “Rivers of Babylon” y “¡Ay va!, ¡ay va!, ¡ay vámonos a Babilonia!”, fue uno de los más importantes en la historia antigua (cuando se dice “uno de los más” no se compromete uno a nada y se está seguro de no equivocarnos). En primer lugar, no hay que confundir el viejo imperio “paleobabilónico” del nuevo Imperio “neobabilónico” (hago aquí la distinción redundante para los que no sepan un poquito de griego y les sea lo mismo el paleolítico que el neolítico). En suma, tenemos un imperio babilónico I y otro imperio babilónico II. En medio, como una loncha de queso entre el pan, se encuentran los asirios, de los cuales hablaremos más tarde cuando llegue la ocasión.

El rey Hammurabi (leáse Jamurabi) es el primer rey y, por tanto, el fundador de la dinastía paleobabilónica. Si trazamos un eje cronológico basándonos, como es habitual, en el nacimiento de Cristo (antes de y después de) la vida de este rey mesopotámico corresponde simétricamente a la toma de la Bastilla y el Terror provocado por el malvado Robespierre (este ejemplo está puesto aquí hábilmente para indicar lo sangriento de ambas épocas). Se cree que Hammurabi (una vez más, dígase Jammurabi) era de origen amorreo, un pueblo que, además de tener un nombre tan feo, era conocido por su carácter zafio, tosco y grosero. Se decía de ellos que comían carne cruda, eran ladrones y se comportaban como unas bestias salvajes. Por supuesto, no todos serían así, ni mucho menos, pues los nómadas asilvestrados en el monte no se pueden comparar nunca con los sedentarios que se sientan en mesas a comer la carne

cocinada. Y, además, los insultos sobre un pueblo vienen casi siempre de otros pueblos que les tienen ojeriza por su poder o vaya a usted a saber el porqué (recordemos nuestra Leyenda negra, fruto de envidiosos y de hipócritas) En suma, estos amorreos se mezclaron con los sumerios y con los acadios, cuya lengua usaban a las mil maravillas hasta el punto de hacerla suya (como los vascos con los castellanos).

La aportación más conocida del reinado de Hammurabi a la historia es el código que lleva su nombre, aunque seguramente estaría redactado por varios sesudos jurisconsultos de palacio y el rey, tras echar un vistazo, más o menos rápido, le daría su sanción con la advertencia de que su incumplimiento podía costarle muy caro al trasgresor de las normas. Sin embargo, conviene guardar las formas debidas y el dictado de las leyes le sería dado al rey por el dios Shamash, casi como el Espíritu Santo decide en cónclave al nuevo Papa sin tener en cuenta para nada las mayorías formadas con el nombramiento de cardenales de la misma cuerda sacerdotal. Veamos ahora este código escrito en una estela de más de dos metros de altura y en cuyo extremo superior está la siguiente imagen (se halla en el Museo del Louvre, previo pago de entrada, pues si estuviese en el Museo Británico sería gratuito, ya que los ingleses han sido los mayores depredadores de tesoros artísticos ajenos)



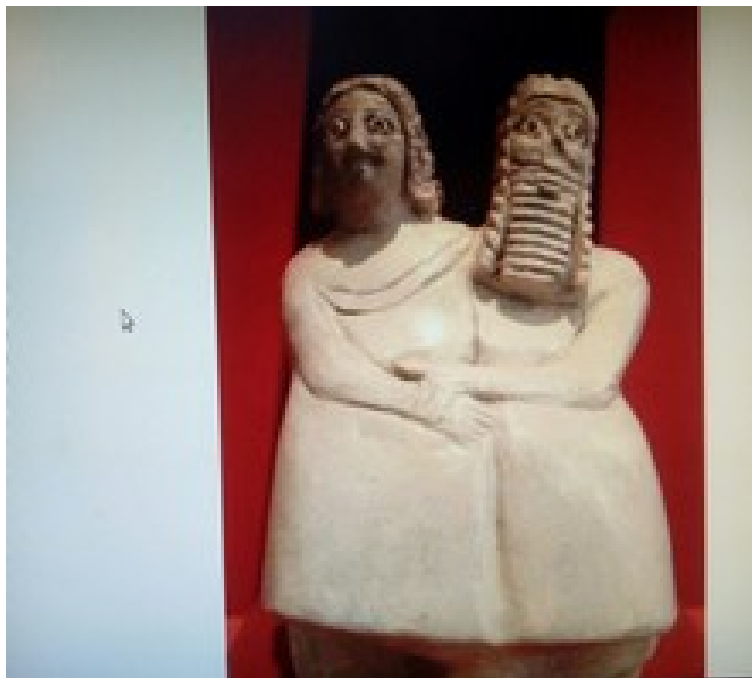
El Rey, como es natural, está de pie y el dios sentado en su trono mayor, tan rico, cómodamente (un privilegio que hoy poseen sólo los ancianos y las mujeres en cinta en los autobuses) entregando las leyes a su vicario en la Tierra. En la imagen, si no supiéramos con certeza que Hammurabi realiza un gesto religioso, casi podríamos decir que hace un corte de mangas. Como el papiro dura poco y la piedra dura dura mucha más, las leyes antiguas se graban en una materia pétreo (las lápidas en mármol, porque son para siempre como los diamantes). También Moisés recibe las famosas Tablas de la Ley, los diez mandamientos, escritos con letras de molde en un díptico de piedra (el caudillo hebreo debía ser analfabeto pues, a pesar del quinto mandamiento escrito, bajando del Sinaí, enfurecido por el Becerro de Oro, provocó una matanza de idólatras).

El espíritu que prevalece en el susodicho código jurídico – superior al falso código Da Vinci - es la ley del Talión: “ojo por ojo, diente por diente” (podríamos seguir diciendo “oreja por oreja”, etc.). Tal vez (de tal, tal viene Talión) algunos consideran que esto es una enorme barbaridad, una muestra de salvajismo cruel, la expresión de una sociedad de bestias feroces, algo así como la pena de muerte mediante métodos tan refinados como ser electrocutado para que aprenda el reo lo que es quitar la vida. Y, sin embargo, es el atisbo, el principio de una civilización más “justa”. ¿Qué me dice usted? Pues que la igualdad entre el daño cometido y el daño recibido como expiación de la culpa evita “pasarse de la raya”. O dicho de otro modo: caer en una espiral de violencia en la cual cada giro fuese una circunferencia mayor. Esto vendría a ser como si alguien te da un cachete en la mejillas y como respuesta recibe una paliza que lo deja parálítico de por vida. Ahora bien, no es siempre cierto que exista en el código esa proporcionalidad entre el delito y su castigo. Cuando a un ladrón se le corta la mano se impiden nuevos hurtos, pero también se hace imposible que éste se rasque la

espalda o se lleve la cuchara y el tenedor a la boca. Y es que los tiempos eran recios, para no andarse con chiquitas ni lanzarse sutiles sátiras como en tiempos posteriores. Un caso tremebundo de brutalidad, para decirlo con un nombre suave, es un relieve donde se muestra a un rey tendido sobre un lecho festejando una victoria o una boda. Hasta aquí nada de extraño: músicos, danzas, platos variados de comida, toda clase de frutas jugosas, etc. ¿Y entonces? ¿Qué hay de raro? Esto: en un extremo del relieve aparece colgada de un palo la cabeza de su enemigo.

Pero no todo el arte de mesopotamia refleja la vida dura del rey guerrero montado en su carro para cazar leones, o esas figuras fantásticas – querubines- puestas como porteros temibles en los palacios y las entradas de la ciudad, compuestas -cortar y pegar- por la cabeza humana, con sus barbas rizadas, y un toro (o un león) con alas de águila (a veces, como una pata de recambio, tienen cinco, lo cual no quiere decir que le busquen los tres pies al gato). Nuestro Congreso de diputados tiene también sus dos leones, quizás para proteger a sus representantes de la indignación de sus representados. Cuando siglos más tarde los hebreos sean cautivos de los babilonios tomarán estos símbolos tetramorfos: el león de san Marcos, el águila de san Juan, el toro de san Lucas y el hombre de Mateo. .

Como ya hemos señalado, no todo era matar y matar en Mesopotamia. Existía una vida privada, íntima, personal, como podemos apreciar aquí en esta estatuilla llena de ternura, candidez y delicadeza:



En nuestros días, las parejas recién casadas viajan en su luna de miel a sitios románticos, como París o Venecia, y los más ricos extienden sus bolsillos hasta las islas Bali. Tuvo que existir también un turismo matrimonial en el cual los destinos preferidos fuesen Assur o Ninive. En cualquier caso, mirad a esa pareja de tortolitos, con su cara bobalicona – el amor todo lo perdona – y agarrándose de las manos con arrobo cuasi místico. Sin duda, a falta de fotografías, los ya casados encargarían a un escultor cualquiera – según el precio de su economía – esculpir una pequeña estatuilla que conmemorase un momento tan trascendental en la vida de los maridos y de las esposas. Esta pequeña estatuilla estaría en un estante importante de la casa, siempre visible, hasta que algún bisnieto un día la retirase - ¿quiénes son éstos? - metiéndola sin consideración en un arcón.

Y ahora demos un gran salto de unos diez siglos, siglo más o siglo menos, para ser precisos, desde la Babilonia “paleo” hasta la nueva Babilonia, mucho más rejuvenecida que la anterior. A este nuevo imperio se le llama “caldeo”. Muchas cosas han cambiado, pero no la tendencia a los nombres muy largos y muy raros: “Nabucodonor” (que los italianos, inflamados en amor patrio, reducen a *Nabuco* en su ópera predilecta, abreviación que hoy la juventud actual recortaría simplemente en “Nabu”); Nabonido, Nabopolassar y algún otro “na” que se ha quedado por el camino sin que den cuenta los anales. Tal vez el rey más importante para nosotros sea Nabu segundo, y perdonen la confianza. Y lo es, o eslo, por haber puesto cautivos a los hebreos, que ya se saben son el pedestal *veterotestamentario* (¡uf!) sobre el cual se yergue y levanta el cristianismo. O dicho de otro modo: Europa. Por supuesto, los babilonios no se llevan a todo el pueblo judío, pues una deportación tan masiva sería complicada y costoso tantas bocas que mantener. Escogen un pequeño “resto”, los mejores. Allí, en la hermosa babilonia, con sus jardines colgantes – unos superlativos floridos pensiles con el premio de estar entre las siete maravillas

mundiales– los judíos cautivos y en el triste y lejano exilio sienten nostalgia, morriña, saudade. Es muy habitual cuando se está fuera de la patria (pensemos en la canción de “El emigrante”). Los asirios les solicitan que les canten canciones hebreas – la música es un lenguaje universal o, acaso, “anglouniversal” -, pero los prisioneros están tan tristes y mohínos que ni siquiera pueden entonar una melodía sencilla. Y así seguirán, presos, hasta que el rey Ciro de Persia, derrotando a los caldeos, les abra la puerta de la jaula permitiendo el regreso a sus hogares con menos problemas que el moderno sionismo. Pero ésta es ya otra historia.







## Capítulo cuarto

### EGIPTO

Egipto – dice Herodoto – es un “don del Nilo” (he aquí una cita recurrente que siempre queda bien). Pero ¿qué es Egipto? ¿Qué es ese país de arena cegadora, sol abrasador, un puñado de pirámides salpicadas y algunos cruceros sobre el Nilo? Todo eso. Y más. En primer lugar, su historia no sé cuántas veces milenaria, sus imperios alto, bajo, medio, medio alto, medio bajo, tres cuartos y todas las divisiones que sean precisas y necesarias para colocar todos sus faraones en una cronología, toda esa larguísima historia – insisto – no valdría un pimiento (con perdón) si no hubiesen entrado en contacto con los hebreos que, estos sí, nos interesan porque dentro de su pueblo nació Cristo, el hijo de Dios y el Salvador de los hombres. Abraham estuvo un tiempo en Egipto en donde hizo pasar - ¿cobarde o prudente? - a su esposa como si fuera su hermana (en cierta película, para evitar la censura franquista la alusión a un adulterio, la traducción hacía sospechar un incesto entre hermanos); también José (hijo de Jacob) vivió en Egipto, y lo mismo el otro José, padre de Jesús, se marchó a las tierras del faraón en una marcha tan repentina que parece indicar alguna fuga rápida por motivos poco claros. Moisés, caudillo hebreo, y supuesto autor de ese mosaico de relatos que es el Pentateuco (o la Torá) fue un “egipcio” de adopción antes de que le tirasen los genes hacia el desierto. Si Abraham, saliendo de Ur, hubiese ido en dirección al valle del Indo, o si Moisés, en vez de la tierra de los cananeos, hubiese creído que Yahvé le mandaba hacia Mauritania, entonces la historia de Europa y también la historia del cristianismo hubiesen sido muy diferentes. Por supuesto, todas estas especulaciones son de aquellas que Unamuno llamaba “ex-

futuros” (¿qué hubiera pasado si...?) Dejemos a la Providencia que guía a los hombres y a los pueblos por caminos desconocidos. Vosotros los griegos -dice un sacerdote egipcio a Herodoto- seréis siempre unos niños” (he aquí de nuevo una cita al alcance, aunque su sentido no se sabe si le cayó bien o mal al padre de la historia). Sea lo que fuere, después de que el imperio alejandrino se desinflase como una rueda, en Alejandría se creó una grande biblioteca y surgió un importante filón cultural cuyo centro se encuentra en Filón de Alejandría (no viene al caso, pues es sólo para demostrar cultura: los versos de catorce sílabas se llaman “alejandrinos” porque fueron usados por vez primera en el *Libro de Alejandro*, poema medieval sobre este héroe, muerto demasiado joven para poder matar a otros muchos más).

Varios siglos pasados de su trato con los hebreos, cuando los reyes egipcios ya estaban de mitra caída y el perro Anubis no se comía un hueso con carne, una hermosa faraona llamada Cleopatra tuvo un fugaz amorío con un valiente soldado romano con muchas posibilidades de ascender rápidamente de grado: Marco Antonio (este idilio fue llevado al cine por una tempestuosa pareja que mantenía una volcánica relación en la realidad). Sin duda, la nariz de Cleopatra debía ser encantadora, pero no hasta el punto de torcer la historia como nos dice con patente exageración Pascal, don Blas.

Desde entonces los contactos entre Egipto y Occidente no pasan de ser unos cuantos ligeros tocamientos: un refilón con los griegos, resolver el acertijo de los jeroglíficos por Champollion, un empollón francés experto en crucigramas orientales y acompañante en la expedición de su compatriota, un emperador corso con un complejo de bajito; la búsqueda del nacimiento del Nilo por aquel “¿el Doctor Livingstone, supongo?”; el regalo de algún obelisco para mantener unas buenas relaciones diplomáticas; la supuesta maldición de un faraón, etc. (discúlpese el pareado anterior, ajeno a mi voluntad). La razón de esta separación entre la

historia de Egipto y el devenir histórico de Europa debemos buscarla en la conquista árabe de aquellas tierras. A partir de entonces, cesa la amistad y comienzan los quebraderos de cabeza, un tira y afloja entre las dos orillas del mediterráneo que el poder romano había mantenido unidas. Esta tensa relación, más o menos relajada según los periodos, se manifiesta en el trato con los “coptos”, los cristianos de Egipto y la población autóctona conquistada por los musulmanes. La palabra “copto” es la misma que “egipcio” en la pronunciación griega que adoptan igualmente los árabes. La lengua copta se conservará sólo en la liturgia religiosa como sucede con el latín y, más lejos, con el sánscrito (para evitar la putrefacción de estas lenguas muertas se las conserva en el formol de un recinto sagrado e intocable, como sucede con los viejos senadores aforados que se jubilan con su buena paga por cambiar alguna coma a las leyes).

Los primeros pobladores de esta región del planeta – no eran tontos – abandonaron el desierto ardiente para ocupar el delta del Nilo (libro gordo de Petete: llámase “delta” a una letra griega con forma de triángulo, igual que el delta de un río, siendo hoy un residuo de esto el “ala delta”). Y como san Nicolás (o Papa Noel, si ustedes gustan) viene cada año con sus regalos, así también las crecidas anuales del Nilo anegaban las tierra con el presente de su limo fértil para los cultivos. Pero a cada inundación se borraban los mojones de las parcelas haciéndose necesaria la agrimensura, la medida de los campos: la geometría en pañales. Al menos esto es lo que nos dice ese reportero de viajes impenitente que fue Herodoto, lo cual le hace decir aquello que nosotros ya hemos señalado antes: Egipto es “un don del Nilo”. De manera que de las hanegas anegadas nacen las derivadas y de la cosecha de cereales surgen las integrales. Sin embargo, tampoco es cosa de excederse. Algunas veces el río se encabritaba y destrozaba todo cuanto se llevaba a su paso. ¡Ríanse ustedes de las riadas! La construcción de presas, obra faraónica, podía aliviar estas inundaciones furiosas, pero siempre

quedaba la mala conciencia de haber enmendado la voluntad de los dioses cambiando el curso natural. Los griegos ya perdieron este escrúpulo, pues se dice que Hércules junto dos cauces fluviales como si fuesen dos serpientes enrolladas.

El Nilo es, por tanto, la espina dorsal de este país y su paisaje sería imposible de adivinar sin esas aguas que llevaron a Moises en un cesto igual que los turistas son llevados hoy por los cruceros a tanto el viaje almuerzo incluido (se decía que este río era el más largo del mundo, pero después de mediciones más exactas es el Amazonas quien le ha arrebatado la medalla de oro). Pero antes de seguir el viaje por esta fascinante civilización (¿no suena esto un poco a documental televisivo?), debemos deshacer aquí un error, por desgracia muy arraigado. En el Egipto clásico no había camellos, sino burros y es una burrada afirmar lo contrario. A ver, desafío a cualquiera a que me muestre un jeroglífico dibujando un camello, o al menos un dromedario. ¡Ni siquiera un sacerdote con joroba! Si hubiese habido camellos, y no me refiero a los que transportan ciertas sustancias, Moisés no habría estado cuarenta años dando vueltas por el desierto, pues como estos animales tienen giba no necesitan repostar tanto en los oasis al mantener el depósito de agua más lleno. Y, elemental, recorren mayores distancias en menor tiempo. En los evangelios se cuenta que, siendo el crudo invierno, una mula le dio calor bestial al niño Jesús. Y hoy algunos obispos entran cuando toman posesión de sus diócesis montados en pollinos. Señal de humildad, el asno da fe de que la sede episcopal está siempre con las puertas abiertas al más insignificante fiel de la Iglesia. El camello domesticado es una importación de Arabia igual que los caballos de los vaqueros y de los temibles pieles rojas fueron llevados al nuevo mundo por los conquistadores españoles. Pero siempre habrá en la historia empresas de importación-exportación.

Ahora bien, en el Génesis se mencionan varias veces a los camellos. ¿Miente la Biblia? ¿Tiene razón? Veamos:

probablemente se trate de una mala interpretación que no contradice el fondo del asunto. Ande o no ande, camello grande. La Biblia se traduce del hebreo (recordemos que Jesús habla en arameo) a la versión de los Setenta en griego, y luego a la Vulgata, y de aquí a los varios romances, para no mencionar la traducción alemana de Lutero, y la biblia de Cipriano de Valera, por ser éstos unos reconocidos herejes, y es normal que con tanto trasiego, de ir de aquí para allá, se pierdan unos vocablos cuyo hueco debe taponarse con lo que se pueda. Traductor, traidor.

Cada lengua tiene sus secretos y solamente los traspasa a otras lenguas con la condición de quedarse algo para ella misma. Los científicos – con cierta ingenuidad – creen que llegará un día en que una máquina inteligente podrá traducir del zulú al inglés sin meteduras de pata. Pero ¡quía! ¿Cómo se puede traducir los veinte nombres que tiene el esquimal para designar los distintos estados de la nieve en una lengua beduina que tenga veinte nombres para designar los distintos estados del desierto? ¿Y qué sucede con la poesía? Tomad a Lorca, afrancesarlo o *anglofilarlo*, pasadlo por el molinillo de circuitos electrónicos y, si queda algo todavía, eso no será la poesía. Una máquina podrá decir cosas como “mañana me levantaré a las cinco para coger el avión” (ese “coger” necesita desambiguación en ultramar), o “la raíz de dieciséis es cuatro”. Sí, muchas cosas más. Bueno, pero no es lo mismo, no...

La traducción, como el amor, es cosa de dos. Si faltase uno, nada podría hacerse (o casi).. Una lengua no es traducible si no se conocen las correspondencias con otra lengua conocida. La escritura egipcia fue durante siglos un misterio (algo de cuya aureola conserva para los profanos). ¿Qué dicen esos jeroglíficos si es que dicen algo? Incluso hoy se toma la palabra “jeroglífico” como una adivinanza difícil de averiguar. La solución fue el feliz hallazgo (para usar una expresión trillada) de la piedra Rosseta, la cual nos dio la clave de interpretación. Se trata de una estela en la que un

mismo texto está escrito en tres lenguas: hierático, demótico y griego antiguo. La primera es algo así como si fuese una “taquigrafía” usada por los escribas para escribir con rapidez los jeroglifos; la segunda, demótica, es una versión simplificada de la primera. Y el griego antiguo era bien conocido. Pues bien, mediante un cuidadoso y meticuloso estudio comparativo se llegó a descifrar los jeroglifos. Esta meritoria labor es obra de un hombre, Champollion (al que antes hemos maltratado por exigencias del guión. ¡Mea culpa!).

En la historia de la escritura se comienza por la pictografía para seguir con los ideogramas. Si dibujamos un águila para decir “águila” estamos en la pictografía. Por supuesto, no podemos ir muy lejos por ese camino y escribir representando con un dibujo todas las cosas del mundo. En el anterior ejemplo, “águila” puede designar tanto a la rapaz como “la visión aguda”, “el robo”, “la altanería”, etc. Pero aquí se reducen el número de signos, aunque aumenta una ambigüedad” que debe aclararse por el contexto. La antigua escritura egipcia combinaba los ideogramas con ciertos sonidos. La grafía de la m era la representación de las olas del mar. (mw, sería “agua”). Así, por ejemplo *Moisés* significaría ( “mu”, agua, y “useh”, salvar: salvado de las aguas).

Como puede esperarse, si el demótico fue una simplificación, ello quiere decir que la escritura hierática era bastante más compleja. Y cuando algo se hace más simple es porque se divulga, se hace más “democrática” y de moda (las versiones más populares y, por ello, más baratas de la informática usan “iconos” fáciles de identificar visualmente). Pero el jeroglífico egipcio – escrito para unos pocos ojos y por unas pocas manos- era una escritura mucho más difícil que solamente es conocida y usada por los escribas, una alta clase de funcionarios de la administración. Entonces los letrados sí que eran de veras una verdadera casta. Un escriba era un conjunto de notario, secretario, contable,

registrador y otras cosas de ese jaez en las que hiciese falta algo más que poner un dedo manchado en un papiro (procedimiento que los ingleses aprendieron de los chinos, para decirlo todo). El primer escriba del Reino era, naturalmente, el faraón, aunque muchos, no sabiendo ni leer ni escribir, se veían obligados a decir “¿qué pone aquí?, como si no llevaran gafas (antaño ser analfabeto no era un problema para gobernar, tal es el caso de Carlomagno, y ahí lo tienen creando un imperio él solito).

En el museo del Louvre vemos las estatuillas de algunos escribas sentados como pueden en el suelo (¿tan difícil era darles una mesa o pupitre?) con un cálamo en la mano, un papiro en el regazo y, sobre una pequeña columna, en actitud vigilante, un babuino. Puede comprenderse que los griegos tomaran una lechuza para simbolizar la sabiduría (no en balde ve bien en la oscuridad). Vale. Ahora, ¿un horrible babuino, un *Papio hamadryas*? ¡Vaya fealdad! Bajo este animal de mirada torva y un poco estúpida, los egipcios representan al dios Thoth (en realidad también está representado este dios con la cabeza de un ibis, que quieras o no, resulta más estético). Este dios, ya sea pájaro o babuino, entre muchos otros pluriempleos, se le considera el inventor de la escritura y en su mano lleva una cruz ovalada que parece un chupete o un monigote con los brazos abiertos.

Este dios pájaro será uno más de esa fauna divina y diversa que hace a la mitología egipcia tan distinta de la griega. Y no es que los griegos no usen formas animales (valga el toro de Júpiter y los centauros para demostrarlo) sino que los egipcios parecen estar siempre en un baile de máscaras perpetuo y que por debajo de Horus, Anubis & cie. no hay ninguna cabeza humana. Pero había tantos dioses que fue necesaria una poda y el faraón Akenaton la llevó a la bestia dejando el árbol mundo y lirondo. Solamente dejó en pie al Sol, llamado Ra. Como siempre, los reyes se han creído

los vicarios de Dios en la Tierra, cuando no los mismos dioses personificados en ella o, al menos, monarcas por la gracia de Dios, y de las armas. Por supuesto, un faraón debía tener un imponente palacio para la vida y un espectacular mausoleo para la muerte. Como se es aquí, se es para el más allá. ¡Cómo iban los reyes divinos a ser enterrados en una zanja con unas cuantas paletadas de tierra encima! Las pirámides son esas tumbas magníficas ante las cuales cualquier turista debe hacerse las fotos de rigor para enviarlas a sus amigos, familiares, o la gente que nos chincha y no puede permitirse viajar tan lejos. Con la excepción hecha de una esfinge con la nariz achatada de boxeador sonado o bien de un habitante autóctono de Australia, el resto son tetraedros, figura geométrica que nos demuestra lo avanzados que ya estaban los arquitectos en ese periodo (la similitud de las pirámides egipcias con las mayas es tan poco sorprendente como el hecho de que todas las ruedas sean redondas en cualquier parte de este globo casi esférico).

Los egipcios creían en la inmortalidad del alma o, al menos, los faraones creían en la eternidad de la suya, tan perdurable como las mismas pirámides (éstos sabían mucho de poliedros, pero ignoraban todo de la erosión geológica). Estas últimas obras magníficas, prodigio de la megalomanía y de la técnica antigua juntas, fueron construidas por los faraones en colaboración estrecha con unos millares de esclavos, los cuales debemos suponer mejor alimentados de lo que nos cuenta el cine, pues los enclenques difícilmente podrían tirar de una cuerda unas pesadas piedras por mucha pendiente que usaran. Tal vez lo más parecido a una pirámide sea un *búnker* al aire libre del desierto. Claro está que aquí las bombas no caen del cielo y los reyes mueren de “su” muerte, que dice Bernal Díaz del Castillo para decir



“natural”, como el agua del tiempo. Y, del mismo modo que en los palacios los reyes comen faisanes y frutas delicadas, también deben tener alimentos en su morada última para que viva su alma sin cuerpo hasta que fuese juzgada por los dioses (no pensaban que, si bien los diamantes son eternos, los alimentos se pudren).

Una vez dentro del mausoleo (protegido por una serie de laberintos, pues no eran bobos y sabían que los ladrones acuden a las vajillas de oro como los gorriones a las migas), el faraón espera el Juicio de Osiris. Como en casi todas las religiones, la esencia de estas creencias de ultratumba consiste en separar a los buenos de los malos. ¿Y cómo hace esto la religión egipcia? Pues acudiendo a la balanza, esa diosa ciega de la justicia que hace palidecer a los ladrones comerciantes que engañan en el peso. En un platillo se pone el corazón del difunto que representa la moralidad de su vida; en el otro platillo, la verdad y la justicia. Y entonces se pesa el corazón para ver si le falta peso, cosa que, si no se hacen trampas, debía ser muy frecuente, pues aquellos monarcas pensaban más en comer pan que en repartir trigo entre el pueblo hambriento. Y mientras se pesaba el corazón, un jurado (no popular, sino formado por dioses que parecen masones llevando una máscara para aceptar en la logia a un iniciado) interroga al muerto con aspiración de ir al Paraíso y entonces esta víscera cordial -símbolo de la vida- se agranda o se hace pequeña según las respuestas del difunto a las preguntas de los examinadores. Podríamos decir que se trata casi de un polígrafo de la verdad, pero no porque a los jurados no les hace falta máquinas para detectar a los mentirosos que se añaden prendas y se quitan vestimentas. Aquellos que no pasaban la prueba paraban en un “infierno” donde una “devorada de hombres” -como una trituradora de

papel- hacía pacotilla del difunto, por más faraón que fuese en la tierra. Esta “devorada de hombres” era un ser con piernas de hipopótamo, cabeza de cocodrilo y melena y cola de león. Sin duda, mucho más fea que nuestro diablo bermejo con sus dos cuernos, un rabo y las patas de cabra. En cualquier caso, si tuviéramos que elegir entre uno y otro ser espantosos, la mayoría se quedaría con la imagen que las tradición ha forjado de Pedro Botero (otro día debemos hablar del origen de esas botas y de esos pedruscos).

La visión de las pirámides no estaría completa sin su momia correspondiente. La perla da su valor a la ostra. El proceso de momificación produce tantas bascas que mejor es pasarlo por alto y quedarnos, tirando por lo bajo, con la imagen de un automovilista vendado del todo tras un accidente.

Egipto, don del Nilo, opio de los egiptólogos, destino de las parejas en luna de miel o las parejas en bodas de oro, mucho podríamos hablar todavía más de ti: el traslado sacrílego de tus reliquias antiquísimas por gobiernos piratas, la reconstrucción infiel de tu pasado llevando piedras a donde nunca estuvieron, la herida dolorosa de tu canal abierto ...

## Capítulo quinto

### LA HISTORIA DEL PUEBLO JUDÍO

La historia del pueblo judío comienza con Abraham. “Sal de tu tierra” - le dice Yahvé (la gramática, limitada en este punto, no distingue entre un imperativo suave, como éste, y otro más fuerte, un tanto más mandón, como áquel de “fuera” en la expulsión del Paraíso). Por supuesto, esta salida del arameo errante con todos los suyos y con todo lo lo suyo (esposa, sobrino, criados, animales, etc.) es historia sagrada. O, mejor dicho, historia tamizada de religión. Las grandes migraciones de pueblos en la antigüedad no son ningún hecho extraordinario: el hambre, la búsqueda de pastos nuevos, el empuje de otros pueblos más belicosos, y cosas así. No faltan motivos para desplazarse un pueblo nómada, y más aún cuando ancha era la tierra para repartirse los terrenos. Ahora bien, como sucede siempre, cada cual quiere obtener lo mejor para sí: tierras fértiles, agua abundante, clima más suave. Y no hay para todos. Entonces los pueblos ya sedentarios luchan con otros pueblos recién llegados desde la montaña o las estepas áridas y que quieren disputarles la posesión de lo que consideran ya su patria, pues el primero que la toca y la ve, para él es (aunque entonces no hubiese, afortunadamente, ni banderas ni himnos).

Pero, cuando uno se va a a Sevilla, pierde su silla y el que se va a Castellón, perdió su sillón. Como Abraham (que

se llamaba Abram cuando no era nadie) deja Ur, la vieja ciudad sumeria, ya es un apátrida, un indocumentado, cosa que debe dejar de ser adueñándose de una “tierra prometida”. Éste es el compromiso de Yahvé con “su” pueblo. Dios y todos los descendientes del patriarca Abraham - tan innumerables como las estrellas del celuloide o las arenas del desierto - establecen una alianza mutua, permanente (una e indivisible, como la soberanía). Olvidarlo será una traición. Otros pueblos politeístas no tienen ningún reparo en añadir un dios más, cualquiera sirve, y adoptar otros ajenos dándoles diferente nombre (los romanos, muy pragmáticos, dejaron a cada cuál sus creencias religiosas mientras ese panteón no impidiese llenarse el zurrón y el calzón con los impuestos a los vencidos).

Y bien: ¿por qué razón, si la hay, deja Abram la casa de sus padres abandonando su país, cambiando incluso su propio nombre? Probablemente no quiere estar en malas compañías. No debe ser demasiado fácil vivir entre pueblos vecinos que llaman intolerantes a quienes reducen los dioses a uno sólo, y precisamente el propio.

Se diría que Abraham – que no era ya ningún jovencito, sino un anciano, y bien anciano- quiere hacer una tabla rasa del pasado, comenzar desde el principio. A decir verdad, no se lo podemos echar en cara. Muchos son los hombres que han seguido ese camino, como los puritanos del Mayflower. Una nueva tierra, una nueva vida. El país que Yahvé pensó para su establecimiento fue Cananea, pero este plan de colonización judía encontró una férrea resistencia -cosa lógica- en los habitantes de aquellas tierras. Pero Yahvé había prometido dar a los judíos aquel país y ¿cómo se iba a echar atrás con su palabra empeñada? Hoy estos judíos, captados por el sionismo, se las tienen que ver y maltraer con

los palestinos en una ciudad tres veces santa, y trece meses al año en guerra santa (disculpen si con el estilo fogoso me haya salido de cuentas).

Hemos visto que el viejo Abraham siente la vocación divina, la llamada a salir desde su tierra natal para tener un propio y grandecito conuco, aunque sea usando las fuerzas armadas y pisando el derecho internacional. Esta promesa se acompaña con la afirmación de que será el padre de una muchedumbre y el patriarca de varias tribus (lo de las estrellas y las arenas debemos entenderlo como una exageración tan propia de oriente). Y nada, a ponerse a ello. Sin embargo, su mujer Saray era infértil, una desgracia para los patriarcas y los monarcas. El deseo femenino de ser madre, siempre presente en la mujer, empuja a su marido a engendrar en el útero de una esclava. De esta maternidad subrogada, *avant la lettre* (más placentera para el varón que los espermatozoides guardados en conserva), nacerá Ismael. Claro está que todo hijo habido fuera del matrimonio es un bastardo. Y, para seguir el linaje hace falta un hijo legítimo. ¿Qué hacer? Un milagro biológico. La esposa de Abram, Abraham, Sarai primero y Sara después (¡qué manía en cambiar los nombres!), esta buena abuelita, que hacía ya muchos años que no tenía la regla, el cartabón ni nada que se le parezca, se desternilla de risa cuando se le anuncia que se quedará embarazada. “¿A mis noventa años?” “A buenas horas mangas verdes.” Y añade entre maliciosa y picarona si todavía tendrá ese placer. El mismo Abraham se cae rostro en tierra de las carcajadas provocadas por tan venturoso anuncio. Quizás sea este pasaje el único de la Biblia en el que alguien se ríe, y se +ríe con ganas.

En su peregrinar Abraham llega a la ciudad de Sodoma, tan ligada a Gomorra como Hiroshima a Nagasaki.

Sin duda sería un poblacho lleno de truhanes, borrachos, viciosos y gente de mal vivir. Por fortuna, siempre hay gente buena y que da muestras de una virtud ejemplar. Así, por ejemplo, Lot, el sobrino de Abraham. Cuando una turba rodea la casa suya para pedirle que entregue a dos huéspedes para sodomizarlos – cosa normal en Sodoma- el sobrino de Abraham, Lot, ofrece a sus dos hijas, vírgenes, para que las violen y hagan con ellas lo que quieran. Con padres así, no es extraño que los asilos estén llenos. Hubiésemos deseado cierto valor, bajarse él mismo los pantalones y ofrecer lo que se puede ofrecer a las bajas pasiones de la plebe. Pero los hijos deben honrar a sus padres y a sus madres. En esta ciudad de Sodoma, para castigar sus pecados nefandos, acaece algo así como la detonación de una bomba o la erupción de un volcán. Quienes pierden el tiempo y se dan la vuelta mirando a sus casas cubiertas de fuego (tal vez con el deseo de salvar alguna alhaja) se convierten en unas estatuas, como puede verse en las ruinas de Pompeya. Aquí la mujer petrificada (o mejor “salificada”) es la mujer de Lot, eterna advertencia de que las nubes de ayer no deben ocultarnos el sol de hoy. Evidentemente, las rocas saladas modelan figuras caprichosas que pueden semejar a mujeres del mismo modo que la erosión crea la ciudad encantada de Cuenca.

Y ¡por fin! Sara dará a luz un precioso niño al que le pondrán el nombre de Isaac (este nombre, con dos aes, significa “hará reír”, cosa que no es lo mismo que hazmerreir). Como es normal, el niño se hace adolescente y ayuda a su padre que, recordemos, no es ningún chaval. Un día Abraham le pide al muchacho que cargue un montón de leña para realizar un sacrificio en el monte (el hijo no sabe que el “sacrificio” es él mismo en carne ahumada y hueso).

Sin duda, es una acción horrenda, pero es un mandato de Dios y a Dios no se le puede desobedecer. Esto sería insumisión, algo así como si un pelotón de fusilamiento se negara a disparar en el paredón sobre un prisionero, o bien un soldado nazi abriese una ventana en una cámara de gas (hay otras desobediencias por amor al arte, como incumplir la orden de hacer saltar los puentes de París). Pero no. Yahvé no quiere hacer una broma pesada ni tampoco quitarle al patriarca su único hijo legal, pues santa Rita, Rita, lo que se da no se quita. El fin de Yahvé es poner a prueba la obediencia de Abraham hasta llegar al límite. Si le prohibiese comer carne los viernes, poco importaría, pues tal vez no le gustase un estofado o podría trasladar el yantar al lunes. Obedecemos de buen grado. Ahora bien... ¡matar al hijo! (esto sería contra natura y contra el judío Freud que lo entendería al revés).

Abraham, caminando triste y meditativo en el camino, quizás rumiase para sí estos pensamientos: “No, no puede ser Yahve quien me pide este crimen espantoso. Debe tratarse de un demonio que imita su voz, después de todo la he escuchado pocas veces y puede engañarme. Dios, que es todo bondad, no puede ser anti-Dios, un dios malvado. Pues mi hijo es sangre de mi sangre y quien me lo dio tan sin esperanza puede arrebatármelo como me lo dio. Pero ¿si me pide envenenar los pozos matando a todo mi pueblo? No, debe ser un ventrílocuo malévolos que imita la voz de Dios”. Sin embargo, Dios es omnipotente y puede hacer estas cosas y muchas más, aunque esa confrontación entre la suma misericordia y la condición de todopoderoso cree algunos problemas a los teólogos. El patriarca, conociendo la esencia de Dios, le hubiese bastado un poco de reflexión más para exclamar: “te pillé Yahve, tú solamente quieres probar mi

obediencia hacia ti”.

Siguiendo la ley de la vida, Abraham declinaba y, antes de cavar el sepulcro, quiso casar a su hijo legítimo para tener descendencia, pues sin esto la promesa de Yahvé quedaría en papel mojado y en agua de borrajas (esto de concertar los matrimonios, frecuente entre monarcas medievales y burgueses pudientes que pretenden sumar así sus riquezas, fue uno de los primeros derechos sentimentales reivindicados por el romanticismo. Y no es moco de pavo). Así, un fiel criado de Abraham (al que podemos considerar un escudero) partió hacia lejanas tierras en busca de una mujer para su amo, pues es más dulce la fruta en cercado ajeno y, en cualquier caso, el sirviente buscaba moza para el mozo entre los parientes lejanos de su padre, judíos de pro y sin contaminación alguna con la pestilente raza de cananeos. El criado fiel tuvo que jurar su encomienda “poniendo la mano bajo el muslo” (mucho se ha escrito sobre eso, a veces con una cierta malignidad freudiana, pero a nosotros nos parece ello algo tan normal o tan absurdo como lanzar besos al aire o entrechocarse los nudillos de la mano).

Llegado a un pozo en las afueras (lugar donde los jóvenes y las “jóvenas” suelen acudir a pelar la pava con la excusa de buscar agua), el criado hace un tonto propósito: la que me dé primero agua para mí y mi cabalgadura será la galardonada. Y la ganadora es, Rebeca. Este procedimiento es un tanto arbitrario, de modo que el texto bíblico le introduce una suave corrección señalando que la mirada de ambos se cruza y surge de inmediato el flechazo. Isaac quiere a Rebeca, Rebeca quiere a Isaac. De este feliz matrimonio nacen dos gemelos varones: el mayor, por unos segundos, Esaú, rubio y velludo (guarden en la memoria esto de *velludo* para más adelante); el siguiente, cabeceando los pies, se



llamará Jacob. Éste, predilecto de la madre, es un soñador para un pueblo; aquel, preferido del padre (al menos por ser el primero) es un amante de la caza. Un día que había pasado toda la mañana persiguiendo jabalíes o conejos (no se sabe ni tampoco importa) tenía mucha hambre, y le llegó hasta la nariz un rico olor de una comida que su hermano estaba preparando. Se trataba de un plato de lentejas (para el caso hubiese valido de guisantes, pues esto no invalida el fondo de la historia). El hecho es que el hijo mayor cedió sus derechos de primogenitura en cambio de comer dicha legumbre sabrosa (nótese el parecido con la tentadora manzana y es que por la boca abierta muere el pez). El momento culminante en la relación entre los dos hermanos es cuando Jacob, el menor, engaña a Esaú, el mayor. Y esto sucede así: ya viejo Isaac, siendo ciego, quiere dar la bendición al primogénito biológico dándole su bendición y con ella también la trasmisión de poderes. Pero Jacob, empujado por su madre (que no sabemos por qué debía tener tirria al otro gemelo) se viste con las ropas de su hermano para impregnarse de su olor y, además, siendo como era lampiño como un niño, se pega unos vellones de cabrito en las manos y pecho tal como su peludo hermano. En un principio, el viejo Isaac malicia desconfiado, pues la voz le suena más a la de Jacob. Sin embargo, al palparlo, hace más caso del tacto que del oído (cosa rara pues los ciegos lo tienen finísimo). Engañado el padre, otorga su bendición al hijo engañador. Ahora bien, cualquier leguleyo de tres al cuarto hubiese invalidado dicho acto basándose en el argumento de que había habido dolo y no existía prueba documental. Las cosas no son así entre los judíos. Una vez dada la palabra, ésta no vuelve y se declara nula la bendición. Podemos entender el tremendo enfado que Esaú se lleva con su traidor hermano, y

que éste deba salir en polvorosa.

Jacob, huyendo de la ira de su hermano, llega a un lugar donde vive su tío materno. De pronto (dirían las novelas cursis) mira con arrobo a su prima Raquel y el pecho y el corazón (que va uno dentro del otro) se le inflama de amor. El enamorado le pide la mano a su futuro suegro y éste le concede las dos mientras él trabaje durante siete años por el morro y la cara. Cumplido el plazo – hay que imaginar la abstinencia de Jacob – el futuro suegro acepta conceder a su hija Raquel, pero mientras tanto urde una treta más infame que ingeniosa. Estando un tanto borracho el novio en el banquete (aquí es antes de la boda) el infame suegro le da gato por conejo y, en vez de darle a Raquel, le mete en la cama a Lia, la hija mayor. La excusa del suegro muestra su desfachatez alegando que Lia, siendo la mayor, y aunque no era fea, podía quedarse como solterona para vestir santos y, por tanto, era necesario guardar el orden conforme a la edad para dar salida a las hijas. En suma, debe trabajar otros siete años más para obtener a Raquel (una prueba fuerte de amor en esta bigamia)

A decir verdad, Jacob resulta aquí burlado y corrido de la misma manera rastrera que anteriormente él mismo había engañado a Esaú. Donde las dan las toman, ojo por ojo y trampa por trampa.

Una vez más, Yahvé le cambia de nombre a uno de sus bendecidos. Se diría que esta costumbre entraña un renacer, como cuando cuando un cardenal es elegido Papa y debe buscar en el santoral otro nombre con un número correlativo pertinente. El nuevo nombre es Israel, apelativo bastante afortunado para designar a la nación de los hebreos que viven en Palestina rodeados de enemigos (nota erudita: si se hubiesen llamado “jacobinos” se habrían confundido con los

revolucionarios de la montaña que se reunían en la iglesia parisina de Saint-Jacques).

Jacob, Israel de ahora en adelante, tendrá doce hijos, once varones y una sola hembra, que estaría muy bien protegida. Descontados los hijos de Lía y de las siervas, nuestro buen hombre tiene solamente dos hijos de su mujer amada: Benjamín y José. No hace falta ser un hacha ni demasiado perspicaz para intuir que, no siendo una piña salida del mismo vientre, los hijos de las madres preteridas tendrían ojeriza a los hermanos preferidos (como en el caso de Caín, esta cuestión de celos debería ser estudiada por un psicólogo exegeta). El hijo de Israel más pequeño era Benjamín, pero el más querido era José, que se las daba de importante y hasta presumía de ser vidente. Esto fue la gota que colmó la paciencia de sus hermanastros que, hartos de su petulancia, lo vendieron a unos mercaderes que iban camino de Egipto. Y, para ocultar su mala acción, rompieron la túnica de colores de José y la mancharon con la sangre de un cabrito haciéndole creer a su padre que lo había devorado una fiera, engaño más cruel que el engaño hecho a Esaú (es verdad que no existía una policía científica para dictaminar si era verdadera sangre humana; pero, al menos, se podía haber buscado el cuerpo pues sin cuerpo no hay delito).

El joven José, gracias a sus dotes personales y al favor divino, que todo hay que decirlo, se gana el favor de un alto jefazo militar del faraón que lo convierte en su mano derecha (o izquierda, para los zurdos). Mas ¡oh, destino! Desde lo alto se cae a lo bajo. Como en algunas ocasiones (no siempre, ni mucho menos) la causa es una mujer despechada: la esposa de Putifar, cuyo nombre más le cuadra a ella que a él. Esta Putifar, esposa de, acusa al joven de querer abusar de ella cuando en realidad es ella la que quiere abusar del joven. Y

entonces el pobre y desgraciado hijo de Israel, o Jacob, va a parar con su carne y con sus huesos a una celda (oscura y lóbrega, para no desentonar de los tópicos). De esta prisión lo salva sus dotes como adivino dando respuesta a unos sueños del faraón y ello sin usar el diván del psicoanálisis. Una de las interpretaciones más importantes es aclarar el sueño de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas. José, haciendo gala de un análisis económico futurista, predice que la economía capitalista alterna un periodo expansivo y otro de recesión (que sean de siete años ya es materia discutible). De la caída al nuevo ascenso, y esta vez mayor, pues José llega a ser algo así como el primer ministro.

Entonces tiene lugar una hambruna que lleva a los hermanos de José a buscar trigo en Egipto. José los reconoce sólo con verlos y oírlos (éstos no, pues, además de los años, la ropa de firma hace mucho). Regresando a su casa, su hermano, ya poderoso, les hace volver bajo la acusación de robo (las pruebas eran falsas). Tiemblan, pero José los tranquiliza revelando su identidad. Vuelven a temblar todavía más esperando la venganza, Sin embargo, José, de buen corazón, los perdona y los llena de viandas y regalos para su padre.

Jacob, con todos sus hijos, sus criados, sus tiendas y animales y con todo lo que había obtenido en Cananea, se desplaza hasta Egipto en una emigración (o inmigración, según se mire) muy parecida al lento goteo hodierno de los subsaharianos en Europa. De momento, bajo la sombra viva del recuerdo de José, el grande gobernante, los israelitas son bien tratados como si estuvieran en su propia casa. Pero las cosas cambian con el paso de los años y mucho más con el paso de los siglos. Las dos poblaciones, la nativa egipcia y la extranjera hebrea, crecen ambas con un ritmo diferente. Los

israelitas amenazan la supremacía numérica de los autóctonos. Serán más. Del mismo modo que en nuestros días, existe siempre un umbral de tolerancia máxima a partir del cual todos somos xenófobos, pues nadie acepta que de fuera vendrán y de casa nos echarán.

Los hebreos se habían propagado en exceso y los egipcios no encuentran otro método más expeditivo que acudir a los remedios de los australianos para exterminar a los conejos. O sea, la matanza a trote y moche. Cada varón debía ser sacrificado sin lloriqueras, pues sin hombres, y no pudiendo esposar una israelita a un egipcio opresor, (¿se casaría una palestina con un un judío?) la supervivencia de la raza era imposible. Y entonces entra en escena Moisés, el autor supuesto de ese mosaico variado de relatos que es el Pentateuco. Su nombre es “salvado de las aguas” y su historia es muy conocida: una partera lo mete en un cesto y lo echa al río Nilo y, por casualidad, la hija del faraón lo encuentra, se encariña con él y se lo queda para criarlo como un hijo suyo (hasta aquí todo normal, pues nos enternece cualquier niño hallado en el torno del hospital). Ahora bien, hay unas cosas sospechosas en esta historia: ¿por qué lo encuentra precisamente la princesa y no la hija de la lavandera? Y si la suerte de todos los niños egipcios es la misma ¿por qué se salva éste y nada más que éste? Algunos interpretes malignos han pensado que el niño es un desliz de la princesa con algún mozo hebreo y la historia del cesto un “camuflaje”. ¿Es así? ¡Chi lo sa!

En cualquier caso, el niño hallado en el cesto, como José el hijo de Jacob, hace carrera en Egipto. Y aún lo borda y supera, pues se sitúa un escalón por debajo del mismísimo faraón. Cierta día ve como un capataz de obra golpea con saña a un obrero hebreo (¡toma rima!) y entonces la sangre

de su raza se le sube a la cabeza. Con toda su fuerza y su corpachón (veáse la estatua de Miguel Ángel) mata al egipcio maltratador y, por muy alto que esté en la escala social, debe huir (lo cual refleja que en el fondo no había dejado de ser un judío y considerado como tal). Una vez refugiado en otro país (suponemos que sin extradición) el prófugo toma esposa y -hecho singular- oye la voz de Dios en una zarza ardiente que no se consume nunca. “Yo soy el que soy”, le responde a la insolencia de Moisés pretendiendo saber el nombre y los apellidos de Yahvé. Probablemente, el chasquido de la zarza cuando arde puede semejar a dichas palabras -díganlo los hebraístas- , pues no hay que olvidar que Dios también habla por medio de la naturaleza. Como Atatürk para los otomanos y Simón Bolívar para los americanos (¿por qué solamente llevan este nombre los gringos?) Moisés es el verdadero fundador del judaísmo político, pues como etnia es Abraham el primer patriarca que merece ser llamado como padre de los israelitas.

Como ya vimos (y si no se acuerdan ustedes vuelvan atrás) Moisés había asesinado con alevosía (pues aprovechó que nadie lo veía) a un mando intermedio de los egipcios. Pero pudo volver olvidada la pena, prescrito el delito. Y, entonces, ya libre de su herencia cultural, se deja llevar por su herencia biológica. ¡Es un judío! Los faraones hacía tiempo que estaban molestos con los extranjeros asiáticos, pero los necesitaban para tareas serviles (sin inmigrantes la economía de Suiza se quedaría con los relojes sin dar cuerda). Moises, ayudado por su hermano Aaron, siente la misión de liberar a su pueblo de la opresión judía. Ahora bien, los judíos no estaban por crear una nueva Liberia para sus esclavos. A la magia de Moisés haciendo nacer una serpiente de una vara rígida respondían los magos egipcios

inyectando una sustancia en las serpientes que las convertía temporalmente en rígidas varas. Solamente haciendo caer la desgracia sobre Egipto, se pondría al enemigo un puente de plata. Diez calamidades asolaron el país. Todas ellas son plausibles por separado (que se tiña de sangre el Nilo recuerda el color bermejo del río en origen en las crecidas; las plagas de insectos no son nada del otro mundo; tampoco es imposible que cierta intoxicación afecte a unos solos, etc.) Pero ¡todas juntas y al mismo tiempo! O esto era tener muy mala suerte o Dios estaba en favor de los hebreos. “Dejémoslos salir” - dijo el faraón eligiendo el mal menor.

Arrepentido el jerarca máximo de los egipcios, mandó a su ejército para que los hiciese regresar. Todos recordamos con sonrisa la película donde las aguas del mar se parten en dos, con esos efectos especiales tan primitivos que hoy nos parecen de la prehistoria. ¿Podemos explicar este hecho milagroso, esta partición del mar? Moisés, con todo su pueblo, atraviesa a pie un vado donde los vientos cambiantes aumentan o reducen la profundidad (como hacen las mareas en el monte de Saint-Michel en Bretaña). Moisés atravesó con un viento “a la baja” y, horas después, cambiando el viento, el ejército judío le tocó la crecida del agua. Una vez eliminada esta amenaza, se inicia el éxodo hacia la tierra prometida. ¡Cuarenta años dando vueltas! (sin ayuda de gepeeses, brújulas ni esa estrella que condujo a Belén a los reyes megos). Como sucede casi siempre cuando unos hombres se lanzan a la piscina, algunos impacientes temen que no haya agua. Y comienzan las habladurías de los descontentadizos, los intentos de motines, la nostalgia por esas ricas cebollas que comían siendo cautivos, etc. El maná, esos pequeños alimentos que traía el aire, no les bastaba para llenar el estómago (también Colón, como Moisés, se

halló en la misma situación antes de encontrar su tierra prometida). En ese periodo de larga estancia de los israelitas en el desierto sucede un hecho trascendental: la entrega a Moisés de las Tablas de la Ley (la rima es involuntaria). Este texto legal y moral se guarda dentro de un Arca, buscada en el cine después de su pérdida.

Aunque hay variaciones en su número, pongamos que son diez los mandamientos para poder contarlos con los dedos. Cuando acabó el Diluvio, Yahvé había establecido su Alianza con el hombre por medio de un Arco Iris (por tanto, no se había superado el umbral de los ideogramas). Después el dedo (o el cincel) divino graba los diez mandamientos en un díptico de piedra dura para que tuviesen mayor duración (luego ya se conoce la escritura).

Mientras Moisés está en el Sinaí recibiendo la Ley, el pueblo se impacienta y, faltando el gato, los ratones hacen fiesta volviendo a la idolatría. Construyen un becerro de oro, escultura que llenará de furia a Moisés provocando la muerte de tres mil hombres. Sin duda, el caudillo judío debía ser analfabeto, pues de no ser así habría leído que el quinto mandamiento dice “no matarás” (el asesinato del egipcio se puede perdonar, pues no sabía que matar es pecado).

La comitiva de Moisés llega a los confines de Cananea, una tierra prometida a la que ya se había dirigido Abraham antes de marchar a Egipto. No se comprende muy bien este retorno a una tierra en la que ya se había puesto el ojo, pues batalla por batalla, mejor antes que después. Como castigo a la infidelidad de los israelitas, Moisés paga el pato y sólo se le permite ver Palestina de lejos sobre un monte. Suplicio de Tántalo. La verás, pero no la catarás.

El heredero político y militar de Moisés será Josué. Teniendo en cuenta que el éxodo dura cuarenta años, el



nuevo caudillo debía ser un hombre de cierta edad, a no ser que hubiera nacido en el desierto, que todo puede ser. En esta fase de conquista de la tierra palestina tienen lugar tres hechos fundamentales: primero, el paso del Jordán (los ríos, como el Rubicón, siempre reclaman su importancia como fronteras naturales). Aquí también el río se divide en dos para dejar paso (tal vez porque un derrumbe de rocas había retrasado el discurrir de la corriente). Otro hecho excepcional es la caída de los muros de Jericó causada por el sonido de las trompetas, un sonido que, por muy fuerte que fuera, solamente hubiese podido romper los tímpanos o bien no dejar oír a los soldados picando un túnel bajo las murallas (claro está que siempre se tiene a mano recurrir a los terremotos como en Creta). Por otro lado, se dice que Josué detiene el movimiento del sol y de la luna para evitar la desbandada del enemigo (al que mata más – y esto es mucho decir- una súbita pedregada que las armas israelitas). Una multitud de astrónomos y astrólogos se han lanzado sobre dicho fenómeno para certificar si es un milagro o no lo es tan maravilloso paro de los astros.

Pero quizás la explicación sería mucho más sencilla: Josué canta o recita algunos pasajes de una canción popular donde se dice que el sol y la luna se detienen. Basta escuchar canciones infantiles para oír cosas como éstas: “Buenos días, señor sol, ¿cómo se ha levantado esta mañana?” Dentro de tres mil años nadie recordará ya la canción infantil y nos sorprenderemos de que un sol se levante por la mañana como cualquier trabajador. Por supuesto, especulaciones.

Pasaron uno, dos, tres siglos, sin que sepamos muy bien qué fue de los hijos del Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Todo lo que sabemos es que dominaba la anarquía, cada cual hacía lo que le venía en gana y el pueblo

de Israel se parecía a unos reinos de taifas. Hacía falta un rey, un verdadero rey que unificase todas las tribus. Sin embargo, hasta la llegada de ese monarca deseado surgen los “jueces”. Esto son unos magistrados para hacer justicia y unos jefes militares para hacer la guerra en los momentos difíciles. Pero no son reyes. Como mandan, se van completada su misión (algunos se quedan más tiempo porque siempre cuesta dejar el sillón).

Entre los numerosos “jueces” de Israel – por lo menos doce - ninguno más bobo y estúpido que Jephthe, tres veces idiota bajo la capa de piedad religiosa. Lo que se dice un hijo de puta (además, en sentido literal, pues su madre era una ramera). Este imbécil sin remedio juro que, si vencía en una cierta guerra, sacrificaría a la primera persona que saliese a recibirlo. Por desgracia, fue su hija única (lo de *única* aumenta el dramatismo) y como según él (no según Yahvé) tenía que mantener la palabra dada, entonces mató a ésta, la cual hija, más tonta ella, exhortó al padre al cumplimiento de su palabra.

El último de los jueces, o el primero de los reyes según se mire, se llamó Saúl. Éste era un hombre alto, espigado, pelirrojo y, sobre todo, maniático y neurótico, con ataques de locura que solamente podía calmar, y eso temporalmente, la musicoterapia practicada por David con el arpa (estas cualidades musicales suyas le llevarían a escribir hermosos salmos).

El sucesor de este rey loco (de una locura distinta a la del príncipe alemán) fue David, al que podemos considerar de veras el primer rey, igual que Augusto fue el primero emperador después de Julio César, que lo hubiese sido si Bruto y compañía no lo hubiesen despachado antes con sus dagas. El rey músico entra en la historia como un pastor que

derriba a un gigante con una certera pedrada lanzada por una onda a la frente. David mató a Goliat (este episodio suele suscitar bastante simpatía, pues son muchos los que en el patio del colegio han tenido que soportar a grandullones abusadores y ver cómo un pequeño – todos lo somos – hace morder el polvo al chico mayor siempre da gusto). Convertido ya en rey, además de tocar la lira, se manchó las manos. Una noche, haciendo de *voyeur*, se fijó en una hermosa mujer que se bañaba. Era Betsabé, la esposa de Urías, un oficial de su ejército. Como David quería *conocerla* (en el sentido bíblico) tramó el plan de mandar al marido a la vanguardia en una escaramuza militar por si había suerte de que Betsabé se quedase viuda. “Yo no he tenido la culpa de su muerte”, le diría su conciencia lacaya haciendo ver que él no había disparado las flechas y, por tanto, no era la causa agente. Un caso de casuismo jesuita. Natan, uno de sus consejeros (podría llamarse un profeta) le afea la sucia acción y el monarca, pues en el fondo tenía un buen corazón, se arrepiente de su felonía y hace el propósito de no volver a repetirla más so pena de castigo.

Pero todo declina, y el vigor sexual también. Ya viejo, cansado, abatido por todas las rencillas de palacio y todos los problemas con sus parientes, David no tiene ganas ni de sentarse al fuego con pantuflas en los pies y una taza de caldo entre las manos. Entonces los consejeros conciben la idea de meterle en la cama una bella joven virgen y sunamita (esto es una redundancia porque las mujeres de dicha ciudad tenían la fama de hermosas). Dicho y hecho. Y fuese...pero no hubo nada.

Salomón, hijo de David, es el sucesor en el trono de Israel. Este monarca se ha hecho célebre por dos cosas: la primera, el templo que mandó construir; la segunda, su

astucia como juez de familia. En cuanto al templo, ya proyectado por su padre, el monarca sigue las indicaciones precisas y puntuales de Yahvé, el Gran Arquitecto (esta minuciosidad, solamente comparable con la distribución de la jornada en las órdenes religiosas, también la encontramos en la construcción del Arca de Noé. Dios no deja nada al azar). El templo, de tales y cuales dimensiones, albergaba dentro del *Santo de los Santos* (lo más santo de todo) el *Arca de la Alianza* y el candelabro de los siete brazos, ni uno más ni uno menos. En la actualidad se encuentra allí la *Cúpula de la Roca*, lugar de culto de los musulmanes. Desde este punto se dice que Mahoma subió al cielo montado en un caballo mitológico (una parodia de este viaje de ida y vuelta se halla en la aventura quijotesca de Clavileño, pues no en balde Cervantes había pasado cinco años de encierro en Argel). Por otro lado, la decisión salomónica de querer partir un niño por la mitad para descubrir quién era la verdadera madre nos revela no solamente su talento psicológico sino también la estupidez (o maldad) de la madre que se dice, como muchos maridos matratadores: “O mía o de nadie”.

David y Salomón vienen a ser como nuestros dos Austrias mayores: Carlos I (¿o V de Alemania?) y Felipe II (¿o I de Aragón?). Si uno crea el reinado, otro lo solidifica. Después de esta época de pujanza la monarquía israelita entra en decadencia, pues, como dice un emblema de Saavedra Fajardo, “la flecha sube o baja”.

Las discordias internas son el germen de la división externa. El reino de David (como Corea o Vietnam) se parte en dos mitades. La razón no es un problema celeste sino una vulgar cuestión terrestre. Como los colonos americanos, diez tribus del norte protestan ante el nuevo rey, hijo de Salomón, por no aliviarles los impuestos que pagaban. Guerra civil y

reparto de territorios. El sur se llamará reino de Judá y el Norte se quedará con el nombre de Israel obligando a los historiadores a precisar de quién se habla, del mismo modo que debemos decir si Judas es Tadeo o Iscariote, el bueno y el malo. El reino de Israel será tragado por los asirios que capturan a su monarca como si fuese metido un pajarillo en la jaula. El rey asirio que destruye a esta Irlanda del norte (perdón por el lapsus) es el quinto *Salmanasar*, un nombre que suena a conjuro mágico como “abracadabra”. Estos israelitas vencidos - sólo la clase alta, pues eran muchos- fueron deportados al reino de sus vencedores, política que ya había iniciado el tercer Teglathfalasar (otro nombre que parece atragantarnos con un falafel). Como era gente fina y elegante, y no de baja estofa, pronto se mezcla con la gente bien de la población nativa y de esa unión entre pueblos nace Samaria. El odio de los habitantes del reino de Judá hacia los samaritanos se debe a que no son “puros”, pues se han unido a los asirios idólatras (aquí se enmarcara la historia evangélica de Jesús y la buena samaritana y, de rebote, el nombre del gran almacén parisino La Samaritaine, fundado donde existía una vieja bomba hidráulica decorada con dicho pasaje de san Juan).

Los imperios, como los gases, tienden a expandirse todo lo que pueden hasta que encuentran una fuerza que resiste su empuje. Primero Asiria, luego Babilonia. Si antes había caído Israel del norte, ahora caerá igualmente Judá. Del mismo modo que sus hermanos de religión, la población más selecta es deportada a Babilonia por el espacio de medio siglo. Los profetas, que ya empezaban a tomar la palabra haciendo de ventrílocuos de Dios, acusaban al pueblo de Israel afirmando que todas sus desgracias eran justos castigos de Dios por haberle dado la espalda y romper su

Alianza. Los pactos son para cumplirlos.

Andaban tristes y mustios los cautivos pensando en su tierra y, aunque suele decirse, con razón o sin ella, que quien canta todos sus males espanta, lo cierto es que ellos no encontraban consuelo a su desconsuelo. Los babilonios les pedían que cantasen sonos de su tierra, como los guiris piden sevillanas, pero ellos no podían quitarse el pesar que les impedía abrir la boca salvo para soltar lastimeros ayes. Pero llegó el día de la liberación, jornada tan feliz como cuando los americanos entran en París mientras huyen como serpientes los SS hitlerianos. Ciro, el rey de Persia, destruye el imperio babilónico del mismo modo que éstos antes habían destruido el reino de Israel. Constante histórica: la mudanza de la fortuna. Y entonces sucede un hecho capital en la historia de Europa. Del mismo modo que los francos frenarán siglos más tarde el paso a los árabes, los griegos harán lo mismo con los persas. Europa y Asia quedan nítidamente delimitadas y ni siquiera los turcos otomanos podrán franquear por la puerta al occidente.

Una vez más, otro imperio se desvanece y en este caso con la velocidad del humo aventado con un abanico. A la muerte de Alejandro el Magno, sus generales – los sátrapas – se reparten el botín como las potencias europeas con las colonias africanas. Israel se encuentra bajo el dominio de los reyes helenísticos y, ante ese yugo extranjero, se levanta el movimiento patriótico de los macabeos (la palabra, que significa “martillo”, es el nombre de los caudillos de la resistencia y, a quienes les interese más el deporte, les recordará el nombre de un equipo de baloncesto).

Y, como no hay dos sin tres, ni tres sin cuatro, los vencedores – la dinastía de los asmoneos – resultan vencidos. Esta vez los victoriosos son los romanos, los cuales destruyen

el templo de Salómon, se llevan los objetos rituales sagrados a Roma y provocan, con la diáspora judía, un problema que ha sido y sigue siendo una patata caliente de la historia. Sin embargo, en los tiempos en que reinaba Cesar Augusto nace un niño que funda una religión universal: el cristianismo.

## Capítulo sexxto

### GRECIA

Demos las gracias a Grecia. Ayer agraciada por Eolo y los demás dioses, hoy desgraciada por el euro y las demás naciones. Debemos a este pueblo, cuyas fronteras parecen trazadas por alguien con el mal de Parkinson, un concepto tan fundamental en Europa – occidental - como es la democracia (no censuremos que no votasen las mujeres, pues en nuestros lares esto data de ayer mismo, díganlo las sufragistas).

La historia de Grecia comienza no siendo griega. O, mejor dicho, se inicia fuera de la Hélade (palabra que puede asociarse con helado dado el calor sofocante de dicha tierra). En la pequeña isla de Creta, no muy lejos de las islas griegas, florece (¡qué verbo menos original!) una civilización que debía ser lujosa y refinada. Se conoce como minoica y, dicen algunos, fue destruida por algún terremoto fortísimo. En cualquier caso, como una muestra de su prosperidad, conservamos las pinturas de unas hermosas mujeres, morenas, requetebién peinadas con rizos y con un aire flamenco. Además de estas folclóricas, como no podía ser menos, encontramos también imágenes de “toreros” saltando los toros a la manera portuguesa.

Una de las cosas más conocidas de Creta es la leyenda mítica del Minotauro. En cuatro palabras, se trata de los cuernos (y nunca mejor dicho) que le pone al rey Minos su



esposa Pasifae, la cual engendra de un toro blanco al minotauro, un hombre con la cabeza de toro (Picasso, él sabrá por qué, lo dibuja en alguna ocasión en una orgía). Como es evidente que este adulterio mina mucho la moral de Minos, y más si el adulterio es con un toro, la solución menos mala que idea el burlado marido para ocultar su vergüenza pública es encerrar al monstruo en un calabozo, igualito que si fuese el hombre de la máscara de hierro. Y, para mayor seguridad, dale al ingeniero Dédalo la orden de construir un laberinto que hiciese imposible salir a quien en él entrase para ver al toro en su cubil. Del mismo modo que muchos contratantes no cumplen la palabra dada a sus contratados, el rey cornudo encierra a su empleado Dédalo junto a su hijo Ícaro, rasgo generoso que le honra pues está feo separar a un padre de un hijo (a decir verdad no tiene mucho sentido la pena, pues quien hace el laberinto lo sabe “deslaberintar”). Siendo ingenioso por naturaleza, fácil es comprender que la imaginación del reo le haría edificar castillos en el aire y, de ese modo, le surgiría el pensamiento de escapar de su prisión por las nubes, cosa que nos indica que el laberinto, o no tenía techo o tenía tragaluces. Pero, sea porque no tenía material a mano, por intrépida osadía o bien por un defecto en el diseño, Dédalo construye unas alas de cera que serán funestas para los fugados. En efecto, el sol derrite la cera y los dos pájaros caen en el mar, enemigo del fuego, como si pilotasen un aeroplano en llamas (hay ciertas mariposas de la luz que se queman al acercarse a una vela y todos hemos visto el pulular de los mosquitos en una farola en las noches de verano).

Aunque el minotauro había mancillado su honor y la paz de su vida matrimonial, no por ello el rey cornudo dejaba de tener alguna deferencia hacia el astado indecente. Cada

nueve años (uno más que dos legislaturas) el rey Minos enviaba a la semibestia humana para devorarlos, y devorarlas, siete muchachos y siete muchachas (según ley de paridad contra la discriminación por sexo). Una vez, un joven llamado Teseo dio un paso adelante y se prestó voluntario para ir en el lote con la idea de matar al minotauro con la espada de matar, y el estoque si fuese necesario. Pero, aunque el valiente toreador hincase la espada en todo lo alto quedaba el peliagudo problema de salir del coso taurino sin dar vueltas y más vueltas a la plaza. Este fallo en su plan lo enmendó enamoriscando a la hija de Minos, Ariadna, la cual, como tantas veces sucede en la literatura y en la vida, conspira contra su padre y escoge ciega al hombre menos conveniente para formar una familia. El caso es que Ariadna le dio a Teseo un hilo mágico (podía ser un hilo cualquiera) para llegar hasta el minotauro y, ya rematada la faena, rehacer un ovillo que había marcado su camino como las migajas de Pulgarcito. Y así hizo. Teseo mató al minotauro y Ariadna, temiendo como es normal la reacción airada de su progenitor, huyó con su prospecto de novio, aunque el novio - ¡hombre ingrato! - la dejó abandonada en una isla y siguió el camino hacia su patria donde seguramente le esperaba otra novia que, pariente de Penélope, entendía también de ovillos de hilo.

Desde la cultura minoica o cretense, Clío – la musa de la historia – nos traslada hasta Micenas. Uno de sus reyes legendarios, Agamenón, es el protagonista de una de las guerras más importantes que hayan visto los siglos pasados y verán los venideros. La historia es vulgar, digna del celuloide. Helena, reina de Esparta, aprovecha que su marido Menelao está de viaje para pegarsela con Paris, príncipe troyano (se acentúa en la primera sílaba y no en la segunda

como la capital de Francia). Descubierta el adúltero, Agamenón debe vengar el ultraje y se lanza a la conquista de Troya (una vez más se demuestra la influencia de la mujer en la historia). En esta guerra, contada de oídas por Homero (pues se dice que era un bardo ciego), se narra la historia del caballo de Troya (los informáticos han debido acudir a los clásicos griegos para designar un virus no biológico sino tecnológico). Aunque ya se sabe el cuento, lo contamos de nuevo para que se recuerde o lo aprendan quienes lo oyen por primera vez: los aqueos (nombre genérico para los griegos de Micenas) fingen abandonar el asedio de la ciudad y dejan un caballo de madera ante sus puertas. Los troyanos (hacen falta ser tontos) creen que se trata de un regalo parecido a los caballitos que se les da a los niños para reyes. Y lo meten dentro de las murallas empujado por el ejército, pues es de gran tamaño, el necesario para que unos cuantos guerreros silenciosos salgan de su panza y abran las puertas de la ciudad. ¿Conclusión? Los troyanos son sorprendidos en plena noche, sin luna y con los calzones bajados mediante esta treta militar, digna de figurar al lado del ataque japonés a Pearl Harbor.

La guerra de Agamenón contra Ilión (otro nombre de Troya, que nos da "Iliada") corresponde a esos periodos oscuros de la historia de Grecia, una época que solamente pueden aclarar y dar a luz los arqueólogos con botas, pico y pala (uno de ellos, alemán y obstinado, dejó la tierra llena de agujeros hasta encontrar las ruinas troyanas).

Unos siglos más tarde, las estrellas ya iluminan el pasado, aunque algunos filósofos distraídos como Tales de Mileto se caigan en una zanja por andar mirando al cielo distraídos pensando en la materia de la que está hecha el universo.

A decir verdad, no se puede hablar de “Grecia” como un todo. Los griegos viven en *polis* y el polen de estas ciudades mini-estados se expande al viento de las velas que impulsan las naves ligeras polinizando las costas mediterráneas. Por supuesto, estas colonias nuevas tienen un fin comercial, una querencia que les viene de los fenicios igual que el alfabeto, y con las “madres” tienen vínculos afectivos, sí, pero cada cual hace su comida y está en su casa como dispone su voluntad. Claro que esa tal independencia política – fruto del individualismo heleno- está compensada con una misma mitología de dioses, ninfas, gigantes, sátiros, héroes, etc. (a falta del Olimpo los hombres actuales se han inventado a los extraterrestres y la lucha entre los titanes sería digna de alguna película de aventura espacial). En nuestros días los mitos nos parecen pueriles, pero no está dicho que en el futuro a nuestros descendientes les parezca asimismo infantil que Mahoma haya subido al cielo montado en un caballo (al menos nunca se ha visto a uno que haga eso). El origen de la palabra “religión” es religar, unir diversos miembros. Los mitos griegos son ese factor común que sirve para congregarse a las diferentes polis. Veamos tres de las figuras mitológicas más señeras: Zeus (Júpiter para los romanos), Hércules y Venus.

Zeus es el Jerarca Máximo del Olimpo. Experto en el arte de disfraces (su armario cuenta incluso con el traje de un toro) no le hace ascos a ninguna mujer, ya sea casada o doncella. Sin embargo, le da a las dos partes, pues también se cuenta que tuvo una aventura amorosa con cierto joven llamado Ganimedes y al que recompensó nombrándolo copero de palacio. Cuando se vuelve furioso, ruga y truena desde su trono arrojando rayos que le fabrica Vulcano, dios de los volcanes.

Hércules, que no es un dios sino un semi-héroe o un dios a medias, es el forzudo de feria, el Sansón de los helenos. Capaz de realizar cualquier hazaña, entre ellas limpiar un establo lleno de excrementos desde hace siglos (si es que los dioses vivieran en el tiempo). Esta limpieza a fondo la realiza desviando el curso de dos ríos, que los ata como un lazo de zapato y transforma en una manguera como esas con las cuales los anti-disturbios enfrían la fogosidad de los manifestantes.

Por último, tenemos a Venus, hermosa incluso cuando le falte un brazo. Un artista la pinta saliendo del mar metida dentro de una concha, pero es curioso que la diosa no tiene la piel ni el cabello mojados (los artistas no tienen que descender a semejantes minucias).

Entre todas esas nacioncillas con su propio gobierno y con sus propias leyes pronto destacan dos sobre las demás: Atenas y Esparta (es curioso que en la historia se produzcan siempre pares enfrentados: Roma y Cartago, Estados Unidos y Rusia, Leo Messi y Ronaldo, etc.). Los atenienses y los lacedemonios (o espartanos) vienen a ser algo así como los *culés* del Barça y los *merengues* del Madrid. Sólo hay sitio para uno: el mejor. Los valores que representan ambas polis griegas son opuestos absolutamente. Los espartanos son lacónicos y taciturnos (o sease, parcos de palabra) y se entrenan en el gimnasio para usar las espadas; los atenienses son habladores y discutidores, se juntan y reúnen en el foro para hacer discursos y decir qué cosa es la idea de una espada. Ahora bien, no conviene tampoco exagerar haciendo ballena de sardina. También los atenienses aúnan la retórica con una buena flota marina que les permite sacar los dientes (y los remos) al enemigo. Sin embargo, por más barcos de guerra con los que contase la marina de Atenas, la

fuerza bruta de Lacedemonia y sus aliados acabó venciendo en las guerras del Peloponeso (aquí sucede un hecho digno – pon eso - de anotarse: así como la decadencia de los Austrias menores va ligada a nuestro siglo de Oro literario, la derrotada Atenas nos dio igualmente hombres notables como Sócrates, Platón y Aristóteles).

Más tarde de que los rivales y hermanos de un mismo pueblo se enfrenten, sus lazos de sangre los une frente a un enemigo exterior común: los persas (estas guerras se llaman “médicas”, por los medos, pero el nombre daría lugar a muchos chistes entre los médicos con vocación literaria). En este caso, como en la invasión japonesa de China, donde comunistas y nacionalistas aparcaron sus rencillas, la oligarquía espartana y la democracia ateniense se dieron tregua. Una figura militar clave en la primera y segunda guerra mundiales de esos días (tan mundiales como el Diluvio universal) fue Temístocles. Éste estratega participó en la batalla de Maratón (origen de esa carrera donde ganan casi siempre los corredores etíopes) y también fue el general Montgomery que causó la derrota humillante de los persas en el campo de batalla. Ahora bien, como Petain, pasó del todo a la nada. Condenado al ostracismo, tuvo que exiliarse en el país de sus enemigos. El gran Rey Artajerjes I (que, si no era tartamudo, debía estar harto de las carcajadas a costa de su nombre) lo tomó como su consejero militar en el ministerio de asuntos exteriores, dado sus conocimientos sobre su patria de origen (esto de pasarse al enemigo cambiando de chaqueta no estaba tan mal visto en el pasado, pues Alcibíades también lo hizo y, entre nosotros, el mismo Cid luchó bajo bandera moruna). Finalmente, la reputación de Temístocles – a buenas horas, mangas verdes - fue rehabilitada, y bien está lo que bien acaba (no se le volvieron

a poner medallas, galones y charreteras porque en dicha época, para deslucimiento de los desfiles, no se usaban todavía dichos perifollos).

La derrota de los persas salva a Europa de los imperios asiáticos, y de Persia solamente nos quedará el recuerdo de las alfombras, las persianas y las cartas de Montesquieu (con esa “eu” francés que parece hecha para probar la capacidad fonadora de los españoles).

Otra de las figuras claves en la Historia de Grecia – la más espléndida o la menos periclitada– es Pericles (durante su mandato se construyen las futuras ruinas para ser visitadas por los turistas: la Acrópolis, etc.). Suele estar representado con un casco oblongo y hemos de decir que el herrero artífice se tuvo que amoldar con precisión a la cabeza del político y militar, pues éste era llamado el “cebollino” por la forma de su testa (Julio César también era un acomplejado y llevaba corona de laurel para tapar su incipiente calvicie). Hombre inteligentísimo, también era amantísimo de su esposa. Sus compatriotas se sorprendían de que le diese todos los días un beso al irse al trabajo y otro beso al regresar (de aquí puede deducirse la efusividad de los griegos hacia sus mujeres). Sin duda, esta mujer era Aspasia – una ex-meretriz culta e intelectual -, pues Pericles vendió a su primera mujer (así debía ser) a un amigo que, desde entonces, dejó de serlo.

El final de Grecia fue como la explosión de una burbuja. El imperio de Alejandro Magno (no confundirlo con san Gregorio) era un “souflé”, una gaseosa militar. El gran Alejandro – más grande por haber muerto con menos edad – extendió sus dominios hasta el valle del Indo derrotando de paso a los persas en menos que cantan tres gallos juntos (por más rápida que fuesen las victorias, Zamora no se ganó en

una hora). Pero Alejandro, aunque enseñado por Aristóteles, no era ateniense sino de origen macedonio (así como la macedonia esta compuesta por muchas frutas, los Balcanes también están poblados por muchos pueblos). Demóstenes, que era tartamudo, despellejó a su padre, Filipo, en sus discursos por ambicioso, pues pretendía quedarse con toda la Hélade para sí mismo. Una vez muerto Alejandro en la plena juventud (morir joven es un pasaporte seguro a la leyenda) sus generales se disputaron su herencia y cada sátrapa atrapó con lo que pudo creando unos reinos de rebaja,

Esta rápida ojeada y hojeada sobre la historia de Grecia no sería completa sin decir dos, tres, cuatro o cinco palabras sobre su mayor aportación a la historia de occidente: el paso del mito al logos. O dicho de otro modo: el nacimiento de la filosofía. ¿Y cómo es ello?

Vamos a suponer un barco lleno de soldados preparados en el puerto para zarpar en una expedición militar. De pronto, la luz de la luna se hace cada vez más más tenue, casi desaparece. ¡Mal augurio! Es un día infausto para salir a hacer la guerra, pues en martes, ni te cases ni te embarques. Bueno, tal vez no fuese ese mismo día, pero sí que al embarcar les embarga un sentimiento de congoja. El jefe de la expedición, viendo la cobardía de sus subordinados, tomó una capa y se la arrojó a un soldado sobre la cabeza diciendo a todos en voz alta: “Qué creéis que ha sucedido sino que un cuerpo a cubierto a otro no dejándolo ver”. Ya está explicado un eclipse: ha nacido la ciencia del huevo de la filosofía.

En un principio la atención del niño se concentra en el exterior: la voz de su madre, la música, las variaciones de la luz, etc. Del mismo modo, los primeros filósofos – los jonios – se centraron en el mundo exterior, la naturaleza, el universo. ¿De qué está hecho? ¿Cual es la primera materia? Uno decía



que el fuego, otro que si el agua, éste que la tierra, el de más allá el aire y aquel, sin mojarse ni decidirse por nada en concreto, se decantaba por un “no sé qué”, una cosa indefinida. En realidad, todos tenían una pequeña parte de razón. Cuando se quema cualquier objeto se reduce a polvo, que es tierra; y el fuego lo apaga el agua, siendo ésta su contrario. Pero el fuego y el agua juntos provocan el aire, que origina la lluvia que apaga el fuego. ¿Cómo salir de ese círculo vicioso? Podemos hacerlo por la tangente diciendo que no lo sabemos, y que esa materia prima es algo indefinido (ésta es una manera de ocultar un fracaso).

Pero pronto el niño vuelve la mirada sobre sí mismo. Coge una pelota, la palpa, luego la tira. Siente hambre y aprende que el llanto atrae a la madre y, con ella, la comida. El mundo exterior ha sido sustituido por el mundo interior. Esto pasó en la filosofía griega y, desde entonces -tal vez de un modo lastimoso – ésta ha ido casi exclusivamente unida al conocimiento del hombre. Quien retorció el cuello y llevó a cabo este giro copernicano, digno de una lechuza, fue Sócrates, un viejo calvo, con barba descuidada, un poco desaliñado, barrigón y más feo que una bruja con los dientes caídos. Todo parece indicar que tenía una pensión, pues de no ser así no se entiende bien que andase realengo por las calles buscado otros ociosos para preguntarse qué es esto o qué es aquello. Además, otro motivo para permanecer en la rúa (sic) era no desear volver a casa porque su mejor Xantipa tenía un genio... (mejor un malgenio). Sócrates, con esa humildad del que sabe que no sabe nada, no se preocupaba en absoluto de escribir lo que decía, vicio que de haber proliferado no habrían existido ni el platonismo ni el cristianismo. Aunque se llamase “partero de las ideas” estas ideas habrían muerto con su partida del mundo. Por fortuna,

Sócrates tuvo un Platón y Jesús un san Pablo (circunstancia que demuestra la importancia de escribir pues las palabras son aire que van al aire). El discípulo amado de Sócrates fue Platón (nombre que significa “hombros anchos”, pues debía parecer a un jugador de rugby). Este filósofo, además de hacer de notario de su maestro tomando notas, comienza la profesionalización del oficio de pensar creando en una zona ajardinada la Academia, una institución que duró mil años (lo que prueba sus raíces profundas). Una de sus grandes equivocaciones (o tal vez trucos para que nadie lo critique) es que habla siempre por la boca de Sócrates y entonces no sabemos si habla por sí o por otro. Ahora bien, la forma elegida del diálogo permite soslayar la responsabilidad del autor, pues no siempre Sócrates lleva la voz cantante (lo que sería muy aburrido y se notaría demasiado, de ahí que fluctúe jugando con dos barajas). Si Sócrates enseña a Platón, Aristóteles aprende de Platón. He aquí tres generaciones de pensadores. La relación entre Sócrates y Platón es admirativa, colaboradora. Por el contrario, Aristóteles enmienda la plana a su maestro para convertirse a sí mismo en un maestro (el “Maestro” lo llamarán los escritores medievales). Uno es idealista o racionalista; otro empírico y realista; uno toma como modelo a la geometría; otro a las ciencias naturales. Cierta inglés ha dicho que la historia de la filosofía son notas marginales a Platón y Aristóteles y el célebre cuadro de Rafael – el de los angelitos bobalicones – divide la escena entre esos dos grandes hombre.

Lo dicho: reiteremos las gracias a Grecia (antigua) por todo lo que nos ha legado.

## Capítulo séptimo

### ROMA

La historia de Roma es abrumadora. En unos pocos siglos los romanos pasan desde unas suaves colinas hasta los escarpados Alpes y rodean un mar convertido en un lago interno. Ahora bien, como solamente dominaron tres de los cinco continentes (América sí existía, pero ellos no lo sabían) no pudieron decir eso de “un imperio donde no se pone el sol” (esta frase dicha de un modo alto y enfático suele hinchar el sentimiento patriótico de los españoles carpetovetónicos).

En el origen de Roma hallamos brumas, leyendas, historias fabulosas como la de la loba amamantando a los dos hermanos gemelos: Rómulo y Remo (eso de “dos” gemelos es una redundancia, que diría en su *Retórica* Quintiliano). Como Caín mató a Abel, así Rómulo mató a Remo por causa de una disputa sobre la fundación de la ciudad y por mantener una promesa tan tonta como la del juez Jesé entre los judíos cuando mató a su hija. He aquí ya en esta muerte violenta una de las primeras muestras de una guerra fratricida, tan incivil como todas las guerras civiles.

¿Y cuándo pasó esto? Es una perogrullada decir que no se puede establecer una cronología ni contar los años sin establecer antes un punto inicial: el nacimiento de Cristo, el nuestro propio, la Hégira musulmana, la supuesta creación del mundo, etc. Un erudito romano, Varrón, por su cuenta y riesgo, fijó un cierto punto y a partir de entonces los romanos referían los hechos “ab urbe condita”, convertida en nuestro cómputo como el año 753 antes de Cristo (el 21 de abril, con

una precisión en la que solamente falta conocer la hora y los minutos). Pero aquí debemos hacer una puntualización: los cristianos tienen fechas “antes de Cristo”, pero ¿tenían los romanos una cronología para antes de “ab urbe condita”? ¿Podían señalar fechas a la izquierda del eje? Los griegos no establecieron ningún parentesco de su lengua con el latín porque consideraban su idioma superior a todos los demás. Probablemente también a los romanos les importaba muy poco la historia de los demás pueblos mientras no estuviesen en “su” historia, como los galos en César y los germanos en Tácito.

En los primeros tiempos Roma fue un ciudad refugio de criminales, maleantes, ladrones y toda clase de gente de mal vivir (algo así como una Australia, donde los ingleses enviaban a la escoria de presos que no querían en casa). Asentada sobre siete colinas, tuvo también siete reyes. Estos eran tiranos, déspotas, razón por la cual los romanos tenían de la monarquía el mismo concepto que un *sans culotte* y el mismo miedo que los gatos cuando huyen del agua caliente. De aquí que, temiendo el poder único, nombrasen como sus gobernantes a dos cónsules y, sobre esto, que no tuviese mandato más allá de un año (el tiempo para practicar la mínima corrupción era así menor que actualmente). Estos dos cónsules colegiados servían también para señalar una fecha: “siendo cónsules fulano y mengano” (como si dijésemos siendo alcalde perengano y presidente zutano). Claro está que los nombres sirven de poco sin colocarlos en una línea numerada.

Pero, como los niños, Roma creció de tamaño. Y sacó la cabeza encima de los Alpes, fuera de la península itálica (la Provence francesa, la Provincia, deriva de “pro- vincere”, vencer por delante). Mantener el domino sobre una extensión

cada vez mayor se hacía más difícil (los dos cónsules podían ser como un matrimonio que no se pone de acuerdo y no reman en la misma dirección). Sentíase (el pronombre en final confiere cierto empaque) la necesidad de un mando único, acabar con la bicefalia. La providencia, que debe hacerlo todo como si el hombre no hiciese nada, reservaba esa misión a Cayo Julio César (corre la tontería de que “cesárea” se debe a que don Julio, que bautizó un mes de verano, había nacido mediante ese método expeditivo de parto; sin embargo, viene de un verbo latino con el sentido de “cortar” y que ha dado igualmente “escindir”). César, que dará su nombre a todos los emperadores romanos, al *Káiser* teutón y al *zar* de todas las Rusias, fue el último de los cónsules y hubiera sido también el primero de los capitostes del Capitolio si no se lo quitan por delante su hijo adoptivo (el muy Bruto) y todos los demás conjurados. Como militar fue un genio, como hombre – dejemos de un lado habladurías – no fue una gran cosa. Acomplejado, sufría por tener una más que incipiente calvicie, la cual disimulaba llevando sobre la testa una corona del laurel de Baco (“Baco laurel”, que nos da “bachiller”, cosa que desconocen los de ciencias y los de letras). También fue un tanto envidiosillo pues sentía pelusa y lamentaba que Alejandro el Magno fuese ya magno con cuatro pelos en la barba mientras que él apenas había conquistado la mitad de la Galia con la barba entera. En cualquier caso, la conquista de lo que se llamará más adelante Francia es la hazaña militar que más nombre le ha dado. Tanto que se puso manos a la pluma para contar sus batallitas y para darle una mayor objetividad se refería a sí mismo en tercera persona, que ya es petulancia. Su estilo es claro y sencillito, razón por la cual se le traduce en los cursos de latín elemental antes de que los pupilos puedan mascar a

Cicerón, mucho mas correoso. Una frase muy famosa suya es “veni, vidi, vinci” (llegué, vi, venci). No sabemos qué apreciar en ella más: su aire azoriniano o bien su chulería lacónica.

El primer emperador de Roma fue César Augusto (de donde viene el nombre de “Zaragoza”, patria chica de un servidor y motivo por el cual se inserta aquí esta nota erudita). De feliz memoria (valga la expresión tópica) durante su gobierno alcanza Roma el máximo esplendor. Este periodo se llamó “Pax Augusta” y no es de extrañar que el mes de agosto sea el más tranquilo de todo el año. Los legionarios pasaban el tiempo comiendo rancho enriquecido con *garum* y jugando a los dados como si estuviesen en un casino: “Alea iacta est”, decían imitando a Julio, anterior a Augusto. De vez en cuando alguna tribu hostil zumbaba en los oídos del Senado, pero rápidamente éste mandaba cien soldados y un centurión y de un papirotazo los metía en cintura. Ciertamente no se puede decir que viviesen en la Arcadia, pero sí lo bastante bien como para que Virgilio escribiera sus Bucólicas, con sus ovejitas y con sus pastores echados en la hierba como si hicieran un pic-nic que iba a hacer historia en la literatura (bueno, hay que decir que estas bucólicas bobaliconas tenían padre griego).

Los canarios, aunque estén enjaulados en jaulas de oro, cantan melodiosamente mientras se les dé su alpiste diario. Los poetas del Imperio, con el estómago lleno, compusieron ditirambos y elogios a la patria. Entonces Mecenas inventó el mecenazgo. Claro está que siempre hay disidentes y descarados que se burlan de todo, aunque deban pagarlo con el exilio como hizo Ovidio. Acabados cuarenta años de Paz y de Progreso (¿les suena de algo a los de mi generación?), los romanos tuvieron que desempolvar cascos y escudos – bueno, esto es una exageración- para que no se colasen inmigrantes

indeseados. Pero tanto fue el cántaro a la fuente y tanto empujaron los hunos y los otros que finalmente la tapia que rodeaba el imperio se derrumbó. Suele decirse que la decadencia de Roma se origina en una decadencia moral. Nada más falso. Desde el primero minuto existe en la urbe de aquellas ínclitas razas ubérrimas el lujo, la corrupción, las muertes violentas, los parricidios, etc. Dígallo Suetonio, que no me dejará mal. Si cae el imperio es por cansancio, como caen todos ellos siguiendo una ley inexorable de la historia. Siempre aparecen pueblos más vigorosos que dan una patada a otros ya renqueantes (nunca un tenista será el primero del mundo hasta la vejez).

La lista negra de emperadores es abundante: Tiberio, un degenerado sexual; Calígula, un demente que nombra cónsul a su caballo del mismo modo que algunos presidentes nombran ministro a un burro; Nerón, un pirómano y un mal músico, para no decir cosas peores ya sabidas. Claro está que siempre hay honrosas excepciones en la cesta de manzanas podridas. Uno de ellos es Marco Aurelio. A este emperador se le considera un sabio, como a Alfonso X (Habitualmente los monarcas de otros tiempos no saben mucho más que firmar los decretos, como Carlomagno que era casi un analfabeto a pesar de los esfuerzos de Alcuino). Mientras mantenía a raya a los enemigos de Roma por el día, por la noche escribía sus reflexiones filosóficas (las batallas no suelen ser nocturnas, como nos muestra el ejemplo de Josué deteniendo el sol). La escuela donde se inserta este pensador es el estoicismo. Ya sabemos: la vida no es nada, la muerte llega tan callando, todo es humo y vanidad, etc. Puro aguafiestas para quienes contemplan la vida como una fiesta (iba a decir “siesta” por eso del *dolce far niente*).

Otro emperador con buena prensa es Trajano. Plinio el

joven escribió un hermoso panegírico sobre este emperador y parece que no cobró ni obtuvo un cargo, motivo que nos lleva a creer en su sinceridad. Además de sus cualidades como gobernantes, los españoles le estamos agradecidos (a sus padres) por haber elegido para nacer Sevilla, que entonces no era Sevilla sino Itálica, la de las futuras ruinas cantadas por el poeta barroco Rodrigo Caro (algunos creen todavía que Séneca es “español”).

El último, pero sí el menos importante (disculpen que altere la expresión inglesa) fue Rómulo Augusto, al que sus detractores llamaban “Augustulo” no tanto para rimar con Rómulo como para darle por el c... al pequeño emperador. Pero no seamos groseros. Y aquí Roma cumple su ciclo en la historia: de Rómulo fundador a Rómulo liquidador. Odoacro da el tiro de gracia al Imperio. A la desbandada los ricos huyen de las ciudades asediadas por los barbaros y los obispos se aprestan a tomar las riendas de la administración para no soltarlas. El latín, lengua en la cual Cicerón había pronunciado largos discursos para ser aplaudido, se desgaja y nacen los vástagos de las lenguas romances (al principio un poco acomplexadas). Este desmembramiento ya había sido manifestado por san Agustín cuando dice que “más vale que nos repriman los gramáticos latinos a que no nos entienda el pueblo”. El obispo de Hipona escribe la *Ciudad de Dios* cuando la ciudad eterna se muestra más temporal. Acaba el fin de la antigüedad y con ella este libro. He dicho.

Pablo Galindo Arlés  
14 de diciembre de 2017